



Tradiciones en salsa verde y otros textos

Ricardo Palma

República Bolivariana de Venezuela

Fundación



Biblioteca Ayacucho

ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

Rufino Blanco Fombona
Hombres y libros (vol. 27)

Domingo Faustino Sarmiento
Viaje a Francia (vol. 28)

Miguel Cané
En viaje (vol. 29)

Portada:

D. Ricardo Palma.

Grabado publicado en *Tradiciones
peruanas*. Barcelona: Montaner y Simón
Editores, 1983.

Reproducción Fotográfica: Vladimir Sersa

República Bolivariana de Venezuela

F u n d a c i ó n



Biblioteca Ayacucho

**Tradiciones
en salsa verde
y otros textos**

Colección La Expresión Americana

Tradiciones en salsa verde y otros textos

Ricardo Palma

30

Presentación
Alberto Rodríguez Carucci

República Bolivariana de Venezuela

Fundación



Biblioteca Ayacucho

© Fundación Biblioteca Ayacucho, 2007
Colección La Expresión Americana, N^o 30
Hecho Depósito de Ley
Depósito Legal: lf50120073003959
ISBN: 978-980-276-459-4
Apartado Postal 14413
Caracas 1010 - Venezuela
www.bibliotecayacucho.gob.ve

Director Editorial: Edgar Páez
Coordinadora Editorial: Gladys García Riera
Jefa Departamento Editorial: Clara Rey de Guido
Asistentes Editoriales: Shirley Fernández y Yely Soler
Edición al cuidado de: Melissa Fernández
Jefa Departamento de Producción: Elizabeth Coronado
Asistente de Producción: Jesús David León
Auxiliar de Producción: Nabaida Mata
Coordinador de Correctores: Henry Arrayago
Correctores: Andreína Amado, Thamara Gutiérrez y Nora López

Concepto gráfico de colección: Blanca Strepponi
Actualización gráfica de colección: Pedro Mancilla
Diagramación: Carolina Luciani
Impreso en Venezuela / *Printed in Venezuela*

PRESENTACIÓN
TRADICIONES EN SALSA VERDE
HUMOR, DESENFADO, PROCACIDAD

DURANTE LAS ÚLTIMAS tres décadas del siglo XIX y comienzos del siglo XX, la personalidad literaria más destacada y reconocida del Perú era don Ricardo Palma (1833-1919), un escritor que –venciendo las limitaciones que le podía imponer su modesto origen social– había logrado coronar una trayectoria original y exitosa a través de sus empeños y esmeros en la escritura, en la que se desempeñó desde muy joven como periodista, poeta, dramaturgo, lexicógrafo, ensayista y –final y principalmente– como narrador. En esta última modalidad se convirtió en el fundador del género literario al que llamó *tradición*, cuyas peculiaridades expresivas se vinculan a las preocupaciones hispanoamericanas del período de consolidación de las repúblicas, en las cuales eran perentorias y determinantes las búsquedas por definir los rasgos nacionales, en medio de un escenario intelectual en el que convivían las nostalgias por la colonia entre algunos sectores y las resonancias del patriotismo romántico entre otros, en un contexto donde el mayor prestigio lo tenía la palabra escrita y la más alta credibilidad la capitalizaba el discurso histórico.

La perspectiva literaria de Palma –dentro de su particularísima orientación– vino a transgredir las prácticas culturales establecidas, produciendo con sus célebres *Tradiciones peruanas* una significativa renovación, al integrar en ellas locuciones y giros del habla popular,

así como algunas de sus formas de narración cotidiana –como rumores, chismes y consejas de la experiencia menuda– para proponer alternativas de expresión ante la autoridad de la palabra escrita y ante la credibilidad de la historia oficial, con lo cual el escritor replanteaba los modos de asumir los quehaceres literarios e históricos, las relaciones entre ellos, sus funciones e incluso sus destinatarios.

Aunque aquella no hubiese sido una actitud plenamente consciente o programática, se hace insoslayable reconocer que el proceso intelectual recorrido por Palma hasta el establecimiento de su idea de la *tradición*, en tanto forma narrativa romántica de bases histórico documentales y oral-imaginarias, quedó inscrito –aun involuntariamente– en el proyecto nacional hispano-criollo y liberal que procuraba definir una imagen de especificidad y originalidad que le permitiese al Perú conquistar y consolidar su lugar como comunidad emergente. Para lograrlo con eficiencia y perdurabilidad, la escritura de las tradiciones debía distanciarse de la rigidez académica y de los convencionalismos de las formas literarias precedentes, apelando a la espontaneidad del discurso coloquial –léxico y expresiones de la oralidad popular–, que Palma se empeñaría en asimilar y depurar a la vez que recurría a la desacralización o des-solemnización de la historia oficial, interviniéndola lúdica y estéticamente, para presentarla, no como un gran relato definitivo y compacto, sino como sucesión discontinua y fragmentaria de relatos representativos de la sociedad criolla, de sus vivencias y de su memoria colectiva, sometiénola a la mirada inquisitiva y satirizadora que podría así develarla y cuestionarla de una manera amable, divertida y no traumática, que apuntaría

a la sensibilidad emotiva e imaginativa, subliminal, de sus lectores, más que a la razón o a la conciencia.

En esa apuesta, la tradición confrontaba a la Historia, desestabilizándola, delatándola o sometiendo a escarnio a sus actores, poniendo en duda la conveniencia de sus acciones, des-ideologizándola para presentarla a través de otros prismas, privilegiando la lógica de la mirada y del relato por encima de la exactitud referencial e informativa de los hechos narrados, reducidos en última instancia a un mero anclaje sobre el cual se podría construir la verosimilitud de los asuntos tratados, como estímulo básico para comprometer la atención de los lectores. Más que la anécdota, a Palma le interesaban las actitudes, reacciones, creencias y expresiones de los personajes, que encarnan así los gestos y las formas de manifestarse la cultura de las épocas representadas, sean éstas de la Colonia o de la época republicana, en sus distintos niveles de complejidad.

El propio Ricardo Palma dio las claves fundamentales para la comprensión teórica y práctica de sus *Tradiciones* en estos términos:

En el fondo, la Tradición no es más que una de las formas que puede revestir la Historia, pero sin los escollos de ésta. Cumple a la Historia narrar los sucesos secamente, sin recurrir a las galas de la fantasía, y apreciarlos desde el punto de vista filosófico social, con la imparcialidad del juicio y elevación de propósitos que tanto realza a los historiadores modernos (...). La historia que desfigura, que omite o que aprecia sólo los hechos que convienen, o cómo convienen; la historia que se ajusta al espíritu de escuela o bandería, no merece el nombre de tal.

Menos estrechos y peligrosos son los límites de la Tradición. A ella, sobre una pequeña base de verdad, le es lícito edificar un castillo. El tradicionista tiene que ser poeta y soñador. El historiador es el hombre de raciocinio y de las prosaicas realidades.¹

Esa poética –no desprovista de cierta ironía lúdica– comporta también una concepción de la Historia, fundamentada en la noción de la objetividad, pretendidamente imparcial y ascéptica, cuyas funciones serían presentar los hechos descriptivamente y valorarlos desde un cartabón filosófico y social. Esa severa austeridad regulaba la historia idealista, romántica, para la cual la única relación posible con la literatura podría estar en la función narrativa, pero diferenciándose de la escritura literaria en el efecto de sentido producido en los lectores, toda vez que la historia debía transmitir cabalmente el efecto inequívoco de la verdad.

Frente a la convencionalidad y las restricciones que imponía aquel modelo, Palma marcó distancia, optando por una posibilidad narrativa que le permitiese intervenir subjetivamente los hechos, seleccionarlos y disponerlos

1. Citado por Edith Palma en su estudio “Ricardo Palma y sus *Tradiciones peruanas*”, que sirve de presentación a *Tradiciones peruanas completas*, Madrid, Aguilar, 1964, pp. XXIX-XXX. Palma se había referido en distintas ocasiones a la idea y características de lo que tenía que ser la *tradicción*. En carta recogida por Angélica Palma en el tomo V de las *Tradiciones peruanas* (Lima, 1883), el autor confesaba: “Resultado de mis lucubraciones sobre la mejor manera de popularizar los sucesos históricos fue la convicción íntima de que, más que el hecho mismo, debía el escritor dar importancia a la forma (...). La forma ha de ser ligera y regocijada como las castañuelas, y cuando un relato le sepa poco al lector, se habrá conseguido avivar su curiosidad...”. Luego acotaba, en la misma correspondencia, que junto a esas posibilidades, la tradición debía escribirse con “muchísimo de esmero y pulimento en el lenguaje”.

según sus propios requerimientos expositivos, sosteniendo sus relatos sobre aquella “pequeña base de verdad” y reservándose el derecho a administrar –según lo requiriese cada asunto– “las galas de la fantasía”. Con esa estrategia podría sacrificar su independencia en cuanto al contenido narrativo de sus *Tradiciones*, ceñidas por el anclaje referencial e histórico, pero no su autonomía en las operaciones de escritura, que responderían al impulso libre y crítico de la imaginación.

Como en las crónicas antiguas, la tradición se constituyó bajo las apariencias del relato histórico, es decir, como un discurso híbrido que nombra, narra, apropia, registra, identifica y conserva los acontecimientos narrados, mientras elabora valoraciones implícitas de sus propios elementos, a la vez que reescribe –como en un palimpsesto– lo leído en documentos de archivos junto con lo escuchado como comentario u opinión en los espacios públicos. Esa modalidad narrativa impactó de tal manera en la literatura hispanoamericana que dio pie para el surgimiento de un nuevo género de escritura y de toda una corriente dentro del mismo: el tradicionismo.

Distanciado voluntariamente de la Historia y con la decisión de narrar según sus propios procedimientos, Palma se alejó también de la épica patriótica y del didacticismo moralista y ejemplarizante. Algunos autores han interpretado esa actitud de Palma como la confirmación de un aserto que se ha repetido durante años, según el cual el narrador de las *Tradiciones peruanas* habría asumido una especie de filiación colonial, opuesta al sentido de los proyectos nacionales. Contrariamente a tales apreciaciones, el también peruano José Carlos Mariátegui trató de contextualizar la narrativa de Palma desde otros prismas,

contribuyendo al ajuste de las *Tradiciones* en el marco de sus realidades inmediatas y de sus tiempos: "...el *demos* criollo o, mejor, limeño, carecía de consistencia y de originalidad (...). Toda su inquietud, toda su rebeldía, se resolvían en el chiste, la murmuración y el epigrama. Y esto es precisamente lo que encuentra su expresión literaria en la prosa socarrona de las *Tradiciones*"².

Mariátegui agregaría a lo anterior que los relatos de Palma habían sido escritos en el período postindependentista peruano, por tanto no podían desprenderse tan fácilmente de la cultura residual de la colonia, ni de su "disposición psicológica", como tampoco podían obviar las realidades sociales heredadas: "(aquella) aristocracia colonial y monárquica se metamorfoseó, formalmente, en burguesía republicana. El régimen económico-social de la colonia se adaptó externamente a las instituciones creadas por la revolución. Pero las saturó de su espíritu colonial. Bajo un frío liberalismo de etiqueta, latía en esta casta la nostalgia del Virreinato perdido"³.

Como sugiere la cita, la coexistencia de las mentalidades independiente y republicana propició en las *Tradiciones peruanas* los enfoques desde los cuales Palma pudo escoger los aspectos a representar en sus narracio-

2. Cf. "El proceso de la literatura", *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, 29ª ed., Lima, Biblioteca Amauta, 1974, p. 249.

3. *Ibid.* Sobre la preferencia de Palma por las vivencias de la colonia, Antonio Cornejo Polar explicó en un lúcido estudio que el maestro de las *Tradiciones* adelantó con sus enfoques "la nacionalización de la herencia colonial". De modo que, en lugar de ser un completo partidario del período hispano, Palma "termina siendo el fundador de una conciencia histórica que define por largo tiempo la imagen del proceso formativo de la nacionalidad. Hereda del costumbrismo, sin embargo, su capacidad elusiva y desproblematizadora". *La formación de la tradición literaria en el Perú*, Lima, Centro de Estudios y Publicaciones, 1989. Véase capítulo II, pp. 59 y 62.

nes, así como los recursos verbales y compositivos más adecuados para sus propósitos.

Palma comenzó a publicar sus *Tradiciones* desde 1860, primero en periódicos y revistas y luego, desde 1872 hasta 1915, en una serie de volúmenes que han dado a conocer casi toda su producción como tradicionista, de la cual se han hecho diversas y abundantes antologías repartidas por distintos lugares del mundo⁴. Sin embargo, hubo un pequeño libro que no llegó a la imprenta: las *Tradiciones en salsa verde*, al parecer manuscritas desde 1901 pero transcritas en 1904, cuando el autor decidió obsequiarle una copia a su amigo Carlos Basadre, a quien dirigió una sugerente dedicatoria, en la que explicaba que “estas hojitas no están destinadas para la publicidad” sino que se ofrecían como testimonio de confianza en la intimidad de los afectos. En razón de esto último, el autor solicitaba a Basadre la mayor discreción en la tenencia de los originales, pues consideraba el peligro de que aquellos pudieran caer en las manos de “gente mojjigata, que se escandaliza no con las acciones malas sino con las palabras crudas”, cuestionando entre líneas ciertas imposturas que ocultan la pacatería y la falsa moral. Palma se había atrevido a escribir con desparpajo un pequeño grupo de tradiciones, pero no estaba dispuesto ni a publicarlas ni a poner su prestigio en tela de juicio. Con el tiempo la copia de Basa-

4. Entre tales antologías: Ricardo Palma, *Tradiciones escogidas*, París, Desclée de Brouwer, Biblioteca de Cultura Peruana, 11, 1938 (“Nota preliminar” de Ventura García Calderón); *Tradiciones peruanas*, Barcelona, España, Círculo de Lectores, 1975 (selección, introducción y notas de Juan Merino); *Cien tradiciones peruanas*, Caracas, Biblioteca Ayacucho 7, 1985 (selección, prólogo y cronología de José Miguel Oviedo); *Tradiciones peruanas*, Edición Crítica, 2ª ed. Madrid, ALLCA-FCE (Col. Archivos, 23), 1996 (coordinadores: Julio Ortega y Flor María Rodríguez-Arenas).

dre fue adquirida, al parecer en 1929, por la Universidad de Duke (EE.UU.), en cuya Biblioteca reposa actualmente como parte de la Colección Peruana, en el Treasure Room de aquella institución.

La entendible autocensura de Palma, la contención de sus familiares, la fidelidad de Basadre ante la petición de su amigo y quizás el temor de los editores, que no se atrevieron a hacer esfuerzos por editar un libro como aquél, condenaron las *Tradiciones en salsa verde* a la clandestinidad, situándolas bajo el estigma de lo prohibido, hasta su primera edición oficial, preparada por Francisco Carrillo y Carlos Garayar e impresa en Lima en 1973, por las Ediciones de la Biblioteca Universitaria. Según la información de que disponemos, el libro tuvo anteriormente algunas ediciones artesanales de circulación limitada e irregular, pero desde 1973 hasta la fecha ha sido objeto de nuevas publicaciones en Lima y La Paz, en Buenos Aires y Santa Fe, en Argentina, llegando a tener también una edición digital⁵, disponible en la red.

El título de la pequeña colección ofrece indicios sobre el por qué de los temores y demás obstáculos editoriales. *Tradiciones en salsa verde* sugiere que nos encontramos ante unos textos condimentados con un aderezo picante, y con unos tonos subidos de color, maliciosos y chispeantes, quizás crudos, escabrosos y hasta obscenos, que no

5. Ricardo Palma, *Tradiciones en salsa verde*, Lima, Ediciones de la Biblioteca Universitaria (Col. Clásicos Peruanos), 1973, p. 71 (prólogo de Francisco Carrillo y Carlos Garayar); 2ª ed., 1973. Otras ediciones: Lima, Ediciones Océano, s.f.; La Paz, A.P. Candia, 1975; Buenos Aires, Ediciones Dos Amigos, 2000; Santa Fe (Argentina), El Cid, 2003; Lima, Fondo Editorial Cultural Peruano, 2003. Véase también en: <www.itsocrates.berkeley.edu/dolorier/salsa.html>.

han logrado atraer suficientemente –todavía– a los estudiosos de las obras de Palma⁶.

El libro está integrado por la citada dedicatoria del autor, dieciséis relatos breves y dos romances. Estos dos últimos (“Otra improvisación del ciego de la Merced” y “La misa a escape”) junto a cuatro tradiciones presentan una temática unificada por su asunto colonial (“Un calembourg”, “El clavel disciplinado”, “¡Tajo o Tejo!” y “La cosa de mujer”); cuatro más ofrecen sus relatos en el marco temático del proceso de independencia (“La pinga del Libertador”, “El carajo de Sucre”, “Un desmemoriado” y “La consigna de Lara”) mientras que las ocho tradiciones restantes se ajustan a la temática republicana (“Fatuidad humana”, “De buena a bueno”, “Los inocentes”, “El lechero del convento”, “Pato con arroz”, “La moza del Gobierno”, “Matrícula de colegio” y “La cena del capitán”). En la presente edición, la editorial ha agregado otras tradiciones que revelan algunas similitudes con las previamente enumeradas, con el propósito de intentar su articulación en el conjunto de la escritura y el estilo de Palma, de los cuales las *Tradiciones en salsa verde* habían quedado separadas.

6. Enrique Anderson Imbert, “La procacidad de Ricardo Palma”, *Revista Iberoamericana* (Pittsburg) (47): 269-272, 1953; Daniel R. Reedy, “Las Tradiciones en salsa verde de Ricardo Palma”, *Revista Iberoamericana* (Pittsburg) (61): 69-77, 1966; Joaquín Roses Lozano, “Entre el humor y la procacidad: las Tradiciones en salsa verde de Ricardo Palma”, *El cortejo de Afrodita. Ensayos sobre literatura hispánica y erotismo*, Anejo XI de Analecta Malacitana (Málaga) 20 (11): 285-294, 1997; Flor María Rodríguez-Arenas, “El lenguaje coloquial y el humor en las Tradiciones en salsa verde de Ricardo Palma”, *Revista de la Casa Museo Ricardo Palma* (Lima) (2): 68-90, 2001; Luis Chambillo Herrera, “Las Tradiciones en salsa verde como textos carnavalizados”, <<http://www.unjbg.edu.pe/revistas/limite/pdf/articulo05.pdf>>, 15-10-2005.

Las representaciones que hace Palma de la colonia en el Perú –en estas tradiciones postergadas– son claramente críticas con respecto a las relaciones sociales de aquel período, a la vez que son escarnecedoras de las autoridades religiosas y político-administrativas, así como de los nobles y demás figuras públicas cuyas imposturas son develadas con implacable ironía.

Desde los dos romances que el tradicionista inserta como, únicas variantes textuales, aparecen las muestras de lo indicado. El primero, “Otra improvisación del Ciego de la Merced”, se atribuye a Fray Francisco del Castillo, quien fue –según el autor– un reputado improvisador de versos picarescos a mediados del siglo XVIII, en Lima. Palma lo sitúa como figura central de “Un *Calembourg*” tradición que precede al romance mencionado, el cual es presentado como una improvisación que intenta constatar la habilidad del fraile aludida en el relato. Escrito en versos octosílabos, el texto del romance invoca e interroga a Dios para ironizar las que podrían ser vistas como contradicciones del discurso religioso que, mientras ensalza la pobreza y la indigencia como supremas pruebas divinas, se abstiene de recibirlas en el cielo, donde –según la retórica eclesiástica– reinan la armonía absoluta, la pureza y el bienestar pleno.

El otro poema, “La misa a escape”, cierra el conjunto de las *Tradiciones en salsa verde*. Traza la estampa de un supuesto obispo de Bogotá, Monseñor Cuero, “un sabio y un santo de cuerpo entero” pero, paradójicamente, carente de virtudes eclesiásticas, pues escasamente atiende sus obligaciones litúrgicas y apenas ofrece, muy lacónicamente, las enseñanzas del Evangelio, al que degrada en su sentido y en sus valores doctrinarios reduciéndolo a simples sandeces o “pendejadas” de santo.

Ambos romances presentan bocetos o caracterizaciones básicas de aquellos personajes pintorescos, configurados cuidadosamente mediante las correspondencias simétricas entre sus conductas y sus respectivos desempeños verbales poco piadosos, en los cuales la autenticidad de la fe y de la moral cristiana quedan bajo sospecha.

Las tradiciones que tratan sobre la vida del período colonial se distinguen por la oscilación de sus historias sobre la ambigüedad de ciertos términos que dan lugar a los juegos semánticos del doble sentido.

“Un *Calembourg*”, desde su título, recuerda aquella figura retórica de nombre francés que designa el juego de significados en un enunciado, producido por semejanzas fonéticas entre sus palabras, que aluden a hechos y cosas diferentes provocando ideas y efectos de sentido ingeniosos e irónicos. En esta tradición que comentamos aparecen unos versos atribuidos a Fray Francisco del Castillo, el “Ciego de la Merced”, que de manera grotesca e incisiva transmiten una picaresca mención a los genitales del cura superior. Su impertinente autor es amonestado por el Padre Provincial, quien luego lo sanciona con un castigo al que el fraile responde de rodillas y supuestamente arrepentido con este atrevido calembourg: “Pues lo dije, ya lo dije; / Mas digo que dije mal, / Pues los tiene como dije / Nuestro Padre Provincial”. El “Ciego” simula así mansedumbre y obediencia, al mismo tiempo que mantiene cínicamente sus objeciones al superior.

“El clavel disciplinado” recoge la anécdota de cierto virrey Amat, de dudosa pulcritud administrativa, cuya mala reputación ocasiona chismes y condenas en su contra. Los peores castigos recaen, sin embargo, sobre el mayordomo de Amat quien es vilipendiado en un pasquín y

azotado sin piedad, quedando en carne viva mientras el virrey –retornado a España– se entera con desparpajo del hecho ocurrido en Lima. El título de la tradición cuestiona al sumiso y “disciplinado” mayordomo, a la vez que se burla de su trasero encarnado. Unos versos incluidos en el texto lo ofrecen al olfato del antiguo patrón, quien responde ofensiva y groseramente haciendo rimar el término *huela con abuela*.

La graciosa tradición “¡Tajo o Tejo!” relata una situación de enredo y comicidad sobre el escenario de un teatro limeño. La rima de unos versos confunde al apuntador, quien termina por imponer su equívoco al recitador, ocasionando un sesgo humorístico inesperado que rechaza el actor, sólo para recibir una respuesta soez del primero, que inculpa al versificador por el desatino ocurrido sobre las tablas: “¡Pues disparató el poeta. / Puñeta!”.

Una de las más ingeniosas tradiciones del libro es “La cosa de la mujer”, relato que se sostiene sobre la ambigüedad de la palabra *cosa* pronunciada en el contexto peatonal de una calle limeña, donde ocurre la caída accidental de una distinguida dama, inmediatamente perturbada por el nerviosismo y la vergüenza. El motivo del accidente y sus consecuencias visuales se confunden entre el intento de la mujer por explicar el hecho y la percepción del mismo por un marquesito gentil que acude a socorrerla, quien finalmente cambia la referencialidad de la palabra *cosa* haciendo saltar la chispa del humor y de la picardía.

Todas estas tradiciones refieren las tensiones y las grietas en la realidad colonial, como serían presentadas por la Historia: las tensiones internas de la institución eclesiástica; la corrupción y la injusticia que socavan la

credibilidad popular ante las autoridades virreinales; el escarnio al que son sometidos el señorío y la nobleza; equívocos imperdonables hasta en la propia comedia, metáfora de la vida; la insalubridad y el deterioro urbanos, todos ellos signos de una crisis plasmada literariamente en un juego de imposturas. El humor certero de Palma consigue producir graciosamente esos sentidos, controlándolos mediante el manejo eficaz de la palabra y sus posibilidades, cuya comunicación suscita lúdicamente la reflexión sobre los diversos ángulos desde los cuales se pueden leer estas tradiciones de asunto colonial, situadas casi todas entre la decadencia final y los fingimientos aristocráticos interpretados, en buena medida, desde el desenfado verbal y la risa callejera.

Cuatro de las dieciséis *Tradiciones en salsa verde* están dedicadas a presentar la etapa de transición independentista a través de personajes históricos y episodios cotidianos en los cuales aquéllos supuestamente intervinieron, coincidiendo con el período formativo de la República del Perú. En estas tradiciones el narrador seleccionó personalidades venezolanas de distintos niveles, bien diferenciadas entre sí por sus respectivas singularidades, entre éstas el uso del idioma, que sirve para ilustrar las impresiones que debieron tener los limeños –acostumbrados al boato virreinal– ante la comunicación de muchos de aquellos aguerridos soldados campesinos, de escasa o nula formación intelectual, habituados a una expresión directa y atropellada, sin cortesánías, provocadores de rudos efectos imperativos, o como la describe Ricardo Palma, llena de “interjecciones de cuartel” pero aceptada por los oficiales. Según el tradicionista, “decía Don Simón (Bolívar), que como sus colombianos no eran ángeles,

había que tolerar el que fuesen desvergonzados y sucios en el lenguaje”⁷.

Las diferencias étnicas, sociales y culturales de aquellas tropas frente a la sociedad peruana debieron acrecentarse aún más con aquellos contrastes verbales registrados por Palma desde su código limeño.

En “La pinga del Libertador”, la imagen del prócer es presentada como la de un sujeto histórico de fuerte y singular personalidad, caracterización ésta que puede ser complementada con algunos comentarios expuestos en otras tradiciones de la misma colección, que distinguen al héroe como un personaje justiciero, franco, directo, condescendiente con sus subordinados, tolerante y hasta de buen humor. Pero en el uso del lenguaje, aparte de su corrección protocolar, podía expresarse como sus soldados pues –dice Palma– “verdad también que Bolívar, en ocasiones, se acordaba de que era colombiano y escupía palabrotas, sobre todo cuando estaba de sobremesa con media docena de sus íntimos”⁸.

El mismo relato contiene una anécdota sobre cómo la interjección de Bolívar quedó en la memoria y en el habla peruanas, tal como aparece en el título de esta tradición. En ésta, la expresión fue tomada en su sentido literal, denotativo y grosero, como se entendía el vocablo en el Perú, sin que el tradicionista pudiera percibir la otra significación que puede tener en el uso popular y callejero venezolano, donde todavía conserva su singular valor de incredulidad, negación o rechazo. Este último sería

7. Ricardo Palma, “La consigna de Lara”, *Tradiciones en salsa verde*, Lima, EDICA, Biblioteca Universitaria, 1973, p. 23. Sobre el uso del gentilicio “colombiano”: éste abarcaba también a los ciudadanos venezolanos.

8. *Ibid.*

—ciertamente— el significado de la expresión *¡la pinga!* para Venezuela, según el contexto elaborado por Palma, donde un grupo de soldados trata de halagar al Libertador vitoreando a los lanceros de Colombia, tras la victoria patriota en la batalla de Junín, pero el general —“que había presenciado las peripecias todas del combate”— les responde, justiciero y emocionado, con la espontaneidad de su habla coloquial: “¡La pinga! ¡Vivan los lanceros del Perú!”, donde la rústica interjección —como venezolanismo— quiere decir “¡Negativo!” o “¡No es así!”.

Palma, sin embargo, recogió la expresión para resaltar el tono malicioso y picante que puede tener entre los hablantes limeños. Por eso, casi a manera de disculpa, el escritor se sintió obligado a justificar su temeridad al escribirla: “Este párrafo lo escribo para lectores del siglo XX, pues tengo por seguro que la obscena interjección morirá con el último nieto de los soldados de la independencia”⁹. Pero, en contrario a sus aspiraciones, la atrevida frase no desapareció, y se sigue usando en el habla cotidiana de Venezuela, con el mismo significado que hemos explicado.

Parecido al anterior es el caso de la tradición “El carajo de Sucre”, donde la palabrota —leída según el uso coloquial venezolano— se aleja de su significado escatológico habitual para comunicar sorpresa, asombro y contrariedad a la vez.

El mariscal Sucre, en la escueta semblanza que ofrece Palma, era un hombre “culto y muy decoroso en palabras”, discreto y equilibrado, que sólo llegó a alterar aquel talante “el día de la horrenda, de la abominable tragedia de Berruecos, al oírse la detonación del arma de fuego”...

9. Ricardo Palma, “La pinga del Libertador”, *op. cit.*, pp. 15-16.

Palma comenta que los títulos de estas dos últimas tradiciones se integraron de manera natural en el habla de su país. De modo que aquellas expresiones pudieron contribuir a la humanización de Bolívar y Sucre, disminuyendo sus mitologías heroicas y acercándolos a la comunicación popular que –al parecer– llegó a incorporarlos como referencias cotidianas, aun a pesar de los repudios de que fueron objeto en el Perú.

Las otras dos tradiciones referidas al período independentista, “Un desmemoriado” y “La consigna de Lara”, cuentan las peripecias verbales del coronel Nicolás Medina y del general Jacinto Lara, ambos venezolanos, cuyas pintorescas procacidades contrastan con las expresiones de los próceres, revelando con humor las torpezas y limitaciones de ambos oficiales.

Este grupo de tradiciones parece resaltar críticamente las contribuciones de los patriotas venezolanos en el proceso de emancipación de Perú, sin caer en los excesos de las glorificaciones épicas, pues son presentados en sus vivencias menudas, en sus comportamientos básicos y en sus andanzas cotidianas, con sus virtudes y defectos, como personajes irrepetibles en la coyuntura precisa del nacimiento de las concepciones nacionales y de las repúblicas hispanoamericanas.

El período nacional republicano, en el que le tocó vivir a Ricardo Palma, fue el que más motivaciones ofreció al escritor para la elaboración de estas *Tradiciones en salsa verde*, cuyos contenidos se distancian un tanto de las circunstancias históricas para situarse, predominantemente, en los avatares de la vida social criolla de Perú, con la única excepción del texto “Fatuidad humana”, pues su relato se ubica en Brasil y cuenta las ingratitudes de

un hijo ilegítimo del rey Juan de Portugal, procreado con una cortesana mulata, que trata de recuperar el nexo con el vástago, quien se ha radicado en la metrópoli lusitana, ejerciendo funciones como obispo de Coimbra. Para ello, el texto de Palma acude a sendas cartas –en portugués– cruzadas entre madre e hijo, de las cuales resultan el humor y la ironía que hacen de esta tradición una de las más ingeniosas, significativas y divertidas de la colección.

Otras cinco tradiciones, todas ambientadas en el Perú, tienen a personajes jóvenes como centros de sus procesos narrativos, en los que se cuentan sus vicisitudes en el trabajo (“El lechero del convento”), en la educación (“Matrícula de colegio”), en la galantería y andanzas amorosas (“De buena a bueno” y “Pato con arroz”) y en el hogar (“Los inocentones” y “La cena del capitán”). Sólo una tradición, “La moza del gobierno”, se adentra entre los bastidores de palacio para contar los amoríos del Presidente Ramón Castilla quien, engañado por su amante, toma severas medidas políticas contra el seductor, justificadas por el mandatario como respuestas a un asunto delicado “de dignidad nacional”.

Es claro que en el tratamiento de los contenidos referenciales de estas tradiciones, Palma diversificó los temas y exploró una mayor diversidad de escenarios de la vida peruana, incluyendo las vidas privadas en su intimidad, rebasando así los alcances de las tradiciones publicadas anteriormente.

Sin pretender hacer un balance cabal de *Tradiciones en salsa verde*, se podría decir que las marcas distintivas de esta serie son: el manejo frecuente del doble sentido, el sarcasmo, la provocación indirecta e insultante y la picardía encubierta, potenciados por el uso de un lenguaje

procaz, que en ocasiones llega a ser obsceno, sobre todo en los casos en que Palma se atrevió a experimentar con las “lisuras” populares, haciendo un uso desenfadado y libre de tales recursos expresivos, aunque sin abandonar su plena conciencia de que se hallaba limitado por la moral pacata de su tiempo.

Las *Tradiciones en salsa verde* aparecieron tardíamente en el marco de la literatura hispanoamericana, en el último tercio del siglo XX, cuando comenzaban a desvanecerse las contenciones de la censura y cuando empezó a reconocerse en nuestros países la potencialidad y riqueza del habla, a la vez que se descubrían las posibilidades estéticas de la oralidad popular. Palma no llegó a verlas editadas, pero sin dudas debió considerarlas como un viraje expresivo, o como un guiño en el conjunto de su obra de tradicionista, que algún día podrían ser publicadas.

Alberto Rodríguez Carucci

NOTA A LA PRESENTE EDICIÓN

Para la presente edición de *Tradiciones en salsa verde* se ha utilizado la Edición Príncipe (1973), preparada en Lima por Francisco Carrillo y Carlos Garayar para Ediciones de la Biblioteca Universitaria en su Colección Clásicos Peruanos, basada en un manuscrito original de Ricardo Palma, perteneciente a Carlos F. Basadre.

La sección “Otras tradiciones” contiene cinco de las *Cien tradiciones peruanas*, extraídas de la segunda edición publicada por Biblioteca Ayacucho, Colección Clásica, N° 7, Caracas, 1985. Las notas que acompañaban a los ensayos, han sido adaptadas para esta edición.

En la sección “Comentarios” se reproducen apreciaciones de Miguel Cané, Rubén Darío y Francisco Sosa acerca de Ricardo Palma publicadas como textos preliminares en la Edición Príncipe de *Tradiciones peruanas*, preparada en Barcelona por Montaner y Simón Editores, en 1893. En estos textos se respetó la ortografía original de la época.

En el caso de *Cien tradiciones peruanas*, se mantuvo en su mayoría las notas elaboradas por José Miguel Oviedo y se señalaron con asterisco a pie de página. En algunas se ajustó la información para la presente edición.

B.A.

**Tradiciones
en salsa verde
y otros textos**

**TRADICIONES
EN SALSA VERDE**

A don Carlos Basadre.

Sabe usted, mi querido Carlos, que estas hojitas no están destinadas para la publicidad y que son muy pocos los que, en la intimidad de amigo a amigo, las conocen. Alguna vez me reveló usted el deseo de tener una copia de ellas, y no sabiendo qué agasajo le sería grato hoy, día de su cumpleaños, le mando mis Tradiciones en salsa verde, confiando en que tendrá usted la discreción de no consentir que sean leídas por gente mojigata, que se escandaliza no con las acciones malas sino con las palabras crudas. La moral reside en la epidermis.

Mil cordialidades. Su viejo amigo

El Tradicionista

Lima, febrero de 1904.

LA PINGA DEL LIBERTADOR

TAN DADO ERA Don Simón Bolívar a singularizarse, que hasta su interjección de cuartel era distinta de la que empleaban los demás militares de su época. Donde un español o un americano habrían dicho: ¡Vaya Ud. al carajo!, Bolívar decía: ¡Vaya usted a la pinga!

Histórico es que cuando en la batalla de Junín, ganada al principio por la caballería realista que puso en fuga a la colombiana, se cambió la tortilla, gracias a la oportuna carga de un regimiento peruano, varios jinetes pasaron cerca del General y, acaso por halagar su colombianismo, gritaron: ¡Vivan los lanceros de Colombia! Bolívar, que había presenciado las peripecias todas del combate, contestó, dominado por justiciero impulso: ¡La pinga! ¡Vivan los lanceros del Perú!

Desde entonces fue popular interjección esta frase: ¡La pinga del Libertador!

Este párrafo lo escribo para lectores del siglo XX, pues tengo por seguro que la obscena interjección morirá junto con el último nieto de los soldados de la Independencia, como desaparecerá también la proclama que el general Lara dirigió a su división al romperse los fuegos en el campo de Ayacucho: “¡Zambos del carajo! Al frente están esos puñeteros españoles. El que aquí manda la batalla es Antonio José de Sucre, que, como saben ustedes, no es ningún pendejo de junto al culo, con que así, fruncir los cojones y a ellos”.

En cierto pueblo del norte existía, allá por los años de 1850, una acaudalada jamona ya con derecho al goce de cesantía en los altares de Venus, la cual jamona era el *non plus ultra* de la avaricia; llamábase Doña Gila y era, en su conversación, hembra más cocora o fastidiosa que una cama colonizada por chinches.

Uno de sus vecinos, Don Casimiro Piñateli, joven agricultor, que poseía un pequeño fundo rústico colindante con terrenos de los que era propietaria Doña Gila, propuso a ésta comprárselos si los valorizaba en precio módico.

—Esas cinco hectáreas de campo —dijo la jamona—, no puedo vendérselas en menos de dos mil pesos.

—Señora —contestó el proponente—, me asusta usted con esa suma, pues a duras penas puedo disponer de quinientos pesos para comprarlas.

—Que por eso no se quede —replicó con amabilidad Doña Gila—, pues siendo usted, como me consta, un hombre de bien, me pagará el resto en especies, cuando y como pueda, que plata es lo que plata vale. ¿No tiene usted quesos que parecen mantequilla?

—Sí, señora.

—Pues recibo. ¿No tiene usted vacas lecheras?

—Sí, señora.

—Pues recibo. ¿No tiene usted chanchos de ceba?

—Sí, señora.

—Pues recibo. ¿No tiene usted siquiera un par de buenos caballos?

Aquí le faltó la paciencia a don Camilo que, como eximio jinete, vivía muy encariñado con sus bucéfalos, y mirando con sorna a la vieja, le dijo:

—¿Y no quisiera usted, doña Gila, la pinga del Libertador?

Y la jamona, que como mujer no era ya colchonable (hace falta en el Diccionario la palabrita), considerando que tal vez se trataba de alguna alhaja u objeto codiciable, contestó sin inmutarse:

—Pagándomela a buen precio, también recibo la pinga.

EL CARAJO DE SUCRE

EL MARISCAL Antonio José de Sucre fue un hombre muy culto y muy decoroso en palabras. Contrastaba en esto con Bolívar. Jamás se oyó de su boca un vocablo obsceno, ni una interjección de cuartel, cosa tan común entre militares. Aun cuando (lo que fue raro en él) se encolerizaba por gravísima causa, limitábase a morderse los labios; puede decirse que tenía lo que llaman la *cólera blanca*.

Tal vez fundaba su orgullo en que nadie pudiera decir que lo había visto proferir una palabra soez, pecadillo de que muchos santos, con toda su santidad, no se libraron.

El mismo Santo Domingo cuando, crucifijo en mano, encabezó la matanza de los albigenses, echaba cada *Sacre non de Dieu* y cada taco, que hacía temblar al mundo y sus alrededores.

Quizás tienen ustedes noticia del obispo, señor Cuero, arzobispo de Bogotá y que murió en olor de santidad, pues su Ilustrísima, cuando el Evangelio de la misa era muy largo, pasaba por alto algunos versículos, diciendo: Estas son pendejadas del Evangelista y por eso no las leo.

Sólo el mariscal Miller fue, entre los prohombres de la patria vieja, el único que jamás empleó en sus rabietas el cuartelero ¡carajo!

Él juraba en inglés y por eso un *God dam!* de Miller, (Dios me condene), a nadie impresionaba. Cuentan del bravo británico que, al escapar de Arequipa perseguido por un piquete de caballería española, pasó frente a un

balcón en el que estaban tres damas godas de primera agua, las que gritaron al fugitivo:

—¡Abur, gringo pícaro!

Miller detuvo al caballo y contestó:

—Lo de gringo es cierto y lo de pícaro no está probado, pero lo que es una verdad más grande que la Biblia es que ustedes son feas, viejas y putas. *God dam!*

Volviendo a Sucre, de quien la digresión milleresca nos ha alejado un tantico, hay que traer a cuento el aforismo que dice: “Nadie diga de esta agua no beberé”.

El día de la horrenda, de la abominable tragedia de Berruecos*, al oírse la detonación del arma de fuego, exclamó Sucre, cayendo del caballo:

—¡Carajo!, un balazo...

Y no pronunció más palabra.

Desde entonces, quedó como refrán el decir a una persona, cuando jura y rejure que en su vida no cometerá tal o cual acción, buena o mala:

—¡Hombre, quién sabe si no nos saldrá usted un día con el Carajo de Sucre!

* Berruecos: despoblado en Colombia, en donde fue traidoramente asesinado el general Sucre, haciéndose fuego desde unos matorrales ocultos. (N. de la edición de 1973).

UN DESMEMORIADO

CUANDO EN 1825 fue Bolívar a Bolivia, mandaba la guarnición de Potosí el coronel don Nicolás Medina, que era un llanero de la pampa venezolana, de gigantesca estatura y tan valiente como el Cid Campeador, pero en punto a ilustración era un semi salvaje, un bestia, al que había que amarrar para afeitarlo.

Deber oficial era para nuestro coronel, dirigir algunas palabras de bienvenida al Libertador, y un tinterillo de Potosí se encargó de sacar de atreznos a la autoridad escribiéndole la siguiente arenga: “Excelentísimo Señor; hoy, al dar a V.E. la bienvenida, pido a la divina Providencia que lo colme de favores para prosperidad de la Independencia americana. He dicho”.

Todavía estaba en su apogeo, sobre todo en el Alto Perú, el anagrama: *Omnis libravo*, formado con las letras de Simón Bolívar. Pronto llegarían los tiempos en que sería más popular este pasquín:

Si a Bolívar la letra con que empieza
Y aquella con que acaba le quitamos,
De la Paz con la Oliva nos quedamos.
Eso quiere decir, que de esa pieza,
La cabeza y los pies cortar debemos
Si una Paz perdurable apetecemos.

Una semana pasó Medina fatigando con el estudio de la arenga la memoria, que como se verá era en él bastante flaca.

En el pueblecito de Yocoya, a poco más de una legua de Potosí, hizo Medina que la tropa que lo acompañaba presentase las armas y, deteniendo su caballo, delante del Libertador, dijo después de saludar militarmente:

—Excelentísimo Señor... (gran pausa), Excelentísimo Señor Libertador... (más larga pausa)... —y dándose una palmada en la frente, exclamó— ¡Carajo!... Yo no sirvo para estas palanganadas, sino para meter lanza y sablear gente. Esta mañana me sabía la arenga como agua, y ahora no me acuerdo ni de una puñetera palabrita. Me cago en el muy cojudo que me la escribió.

—Déjelo, coronel —le contestó Bolívar sonriendo—, yo sé, desde Carabobo y Boyacá, que usted no es más que un hombre de hechos, y de hechos gloriosos.

—Pero eso no impide, general, que yo reniegue de esta memoria tan jodida que Dios me ha dado.

LA CONSIGNA DE LARA

EL GENERAL Jacinto Lara era uno de los más guapos llaneros de Venezuela y el hombre más burdo y desvergonzado que Dios echara sobre la tierra; lo acredita la famosa proclama que dirigió a su división al romperse los fuegos en Ayacucho.

El Libertador tuvo siempre predilección por Lara, y lo hacían reír sus groserías y pachotadas; decía, Don Simón, que como sus colombianos no eran ángeles, había que tolerar el que fuesen desvergonzados y sucios en el lenguaje.

Verdad también que Bolívar, en ocasiones, se acordaba de que era colombiano y escupía palabrotas, sobre todo cuando estaba de sobre mesa con media docena de sus íntimos; cuentan, y algo de ello refiere Pruvonena, que habiéndole preguntado uno de los comensales, si aún continuaba en relaciones con cierta aristocrática dama, contestó don Simón:

—Hombre, ya me he desembarcado, porque la tal es una fragata que empieza a hacer agua por todas las costuras.

Un domingo, en momentos que Bolívar iba a montar en el coche, llegó Lara a Palacio y el Libertador le dijo:

—Acompáñame, Jacinto, a hacer algunas visitas, pero te encargo que estés en ellas más callado que un cartujo, porque tú no abres la boca sino para soltar alguna barbaridad; con que ya sabes, tu consigna es el silencio; tú necesitas aprender oratoria en escuela de sordomudos.

—Descuida, hombre, que sólo quebrantaré la consigna en caso que tú me obligues. Te ofrezco ser más mudo que campana sin badajo.

Después de hacer tres o cuatro visitas ceremoniosas, en las que Lara se mantuvo correctamente fiel a la consigna, llegaron a una casa, en la que fueron recibidos, en el salón, por una limeñita, de esas de ojos tan flechadores que, de medio a medio, le atraviesan a un prójimo la autonomía.

—Excuse usted, señor general, a mi hermana, que se priva de la satisfacción de recibirlo, porque está en cama desde anoche en que dio a luz dos niños con toda felicidad.

—Lo celebro –contestó el Libertador–, bravo por las peruanitas que no son mezquinas en dar hijos a la patria. ¿Qué te parece, Lara?

El llanero, por toda respuesta, gruñó:

—¡Hum... Hum!

Bolívar no se dio por satisfecho con el gruñido, e insistió:

—Contesta, hombre... ¿en qué estás pensando?

—Pues con su venia, mi general, y con la de esta señorita, estaba pensando... en cómo habrá quedado el coño de ancho, después de tal parto.

—¡Bárbaro! –exclamó, Bolívar, saliendo del salón más que de prisa.

—La culpa es tuya y no mía. ¿Por qué me mandaste romper la consigna? Yo no sé mentir y largué lo que pensaba.

Desde entonces el Libertador quedó escarmentado para no hacer visitas acompañado de don Jacinto.

¡TAJO O TEJO!

EL ÚNICO TEATRO que, por los años de 1680, poseía Lima, estaba situado en la calle de San Agustín, en un solar o corralón que, por el fondo, colindaba con la calle de Valladolid, y era una compañía de histriones o cómicos de la lengua la que actuaba.

Ensayábase una mañana no sé qué comedia de Calderón o de Lope, en la que el galán principiaba un parlamento con estos versos:

Alcázar que sobre el *Tejo*

Lo de *Tejo* hubo de parecer al apuntador errata de la copia, y corrigiendo al cómico, le dijo:

—¡*Tajo*, Tajo!

Éste no quiso hacerle caso y repitió el verso:

Alcázar que sobre el *Tejo*

—Ya le he dicho a usted que no es sobre el *Tejo*...

—Bueno, pues —contestó el galán, resignándose a obedecer—, sea como usted dice, pero ya verá lo que resulta— y declamó la redondilla:

Alcázar que sobre el *Tajo*

Blandamente te reclinás

Y en sus aguas cristalinas

Te ves como un *espajo*.

Y volviendo al apuntador, le dijo, con aire de triunfo:

¿Ya lo ve usted, so carajo,
Cómo era *Tejo* y no *Tajo*?

A lo que aquél, sin darse por vencido, contestó:

Pues disparató el poeta
¡Puñeta!

EL CLAVEL DISCIPLINADO

GRAN CARIÑO TUVO el virrey Amat por su Mayordomo, don Jaime, que, como su Excelencia, era catalán que bailaba el trompo en la uña y un portento de habilidad en lo de allegar monedas.

La gente de escaleras abajo hablaba pestes sobre los latrocinios, pero los que estaban sentados sobre la cola, que eran la mayoría palaciegos, decían que tal murmuración no era lícita y que encarnaba algo de rebeldía contra su Majestad y los representantes de la corona.

Esta doctrina abunda hoy mismo en partidarios, por lo de quien ofende al can ofende al rabadán.

Así, los clericales, por ejemplo, dicen, que siendo de católicos la gran mayoría del Perú, nadie debe atacar la confesión, ni el celibato sacerdotal, como si en un país donde la mayoría fuera de borrachos no se debería combatir el alcoholismo.

Amat abrigaba el propósito de no regresar a España cuando fuera relevado en el gobierno, y tan decidido estaba a dejar sus huesos en Lima, que hizo construir, en la vecindad del monasterio del Prado, una magnífica casa, con el nombre de Quinta del Rincón.

Podría, hoy mismo, ese edificio competir con muchos de los más aristocráticos de España; pero, como es sabido, fueron tantos y tales los quebraderos de cabeza que llovieron sobre el ex virrey, en el juicio de residencia, que aburrido al cabo, se embarcó para la Metrópoli, haciendo regalo de la señorial residencia, al paisano, amigo y mayordomo.

Decía la voz pública, que es hembra vocinglera y calumniadora, que don Jaime había sido en Palacio correveidile o intermediario de su Excelencia para todo negocio nada limpio, y como siempre las pulgas pican, de preferencia, al perro flaco, resultó que muchos de los perjudicados, más que al virrey, odiaban al mayordomo.

Una noche, sonadas ya las ocho, se aproximaba don Jaime a la Quinta del Rincón, cuando le cayeron encima dos embozados que, puñal en mano, lo amenazaron con matarlo si daba gritos pidiendo socorro. Resignóse el catalán a seguirlos, que el argumento del puñal no admitía vuelta de hoja, y lo condujeron al Cercado, lugarejo, que por esos tiempos, era de espantosa lobreguez.

Allí le vendaron los ojos y, calle adelante, lo metieron en una casuca donde, a calzón quitado, le aplicaron veinticinco azotes, con látigo de dos ramales, y así, con el rabo bien caliente, lo acompañaron hasta dejarlo en la plazuela del Prado.

Al día siguiente, era popular en Lima este pasquín:

Don Jaime, te han azotado
Y por si esto se desvela
A Amat dile que te huela
El clavel disciplinado.

Por supuesto que una copia de este pasquín llegó a manos del virrey, quien atragantándosele el tercer verso, dijo:

Que le huela... que le huela...
Que se lo huela su abuela.

UN CALEMBOURG

FRAY FRANCISCO del Castillo, más generalmente conocido por el Ciego de la Merced, fue un gran repentista o improvisador; su popularidad era grande en Lima, allá por los años de 1740 a 1770.

Cuéntase que habiendo una hembra solicitado divorcio, fundándose en que su marido era poseedor de un budoque monstruosamente largo, gordo, cabezudo y en que a veces, a lo mejor de la jodienda, se quitaba el pañuelo que le servía de corbata al monstruo y largaba el chicote en banda, sucedió que se apartaba de la querrela, reconciliándose con su macho. Refirieron el caso al ciego y éste dijo:

No encuentro fenomenal
El que eso haya acontecido
Porque o la cueva ha crecido
O ha menguado el animal.

Llegada la improvisación a oídos del Comendador o Provincial de los mercedarios, éste amonestó al poeta, en presencia de varios frailes para que se abstuviera de tributar culto a la musa obscena.

Retirado el Superior, quedaron algunos frailes formando corrillo y embromando al cielo por la repasata sufrida.

—¿Y qué dice ahora de bueno, el hermano Castillo?
—preguntó uno de los reverendos.

El hermano Castillo, dijo:

El chivato de Cimbal,
Símbolo de los cabrones,
Tiene tan grandes cojones
Como el Padre Provincial.

Rieron todos de la desvergonzada redondilla, pues parece que el Superior nacido en un pueblo del norte, llamado Cimbal, no era de los que por la castidad conquistaban el cielo.

No faltó oficioso que fuera con el chisme a su paternidad reverenda, quien castigó al ciego con una semana de encierro en la celda y de ayuno a pan y agua.

Los conventuales, amigos del lego poeta, le dijeron que podía libertarse de la malquerencia del prelado aviéndose a dar una satisfacción.

El Padre Castillo echó cuentas consigo mismo y sacó en claro que, siendo él cántaro frágil y el Comendador piedra berroqueña, lo discreto era no seguir en la lucha del débil contra el fuerte; a esa sazón, paseaba su reverencia por el claustro y, arrodillándose ante él, nuestro lego poeta lo satisfizo con el siguiente, muy ingenioso *Calembourg*:

Pues lo dije, ya lo dije;
Mas digo que dije mal,
Pues los tiene como *dije*
Nuestro Padre Provincial.

OTRA IMPROVISACIÓN DEL CIEGO DE LA MERCED

Señor, Dios, que nos dejaste
Por patrimonio y herencia
La Pobreza y la Indigencia
Cosas que tú tanto amaste
Si era tan buena la cosa
Allá a tu mansión gloriosa
Do los ángeles se mueven
Que no juegan, que no beben
Ni fornican a una moza
¿Por qué no te las llevaste?

LA COSA DE LA MUJER

ERA LA ÉPOCA del faldellín, moda aristocrática que de Francia pasó a España y luego a Indias, moda apropiada para esconder o disimular redondeces de barriga.

En Lima, la moda se exageró un tantico (como en nuestros tiempos sucedió con la crinolina), pues muchas de las empingorrotadas y elegantes limeñas, dieron por remate al ruedo del faldellín un círculo de mimbres o cañitas; así el busto parecía descansar sobre pirámide de ancha base, o sobre una canasta.

No era por entonces, como lo es ahora, el Cabildo o Ayuntamiento muy cuidadoso de la policía o aseo de las calles, y el vecindario arrojaba sin pizca de escrúpulo, en las aceras, cáscaras de plátano, de chirimoya y otras inmundicias; nadie estaba libre de un resbalón.

Muy de veinticinco alfileres y muy echada para atrás, salía una mañana de la misa de diez, en Santo Domingo, gentilísima dama limeña y, sin fijarse en que sobre la losa había esparcidas unas hojas del tamal serrano, puso sobre ellas la remonona botina, resbaló de firme y dio, con su gallardo cuerpo, en el suelo.

Toda mujer, cuando cae de veras, cae de espalda, como si el peso de la ropa no le consintiera caer de bruces, o hacia adelante.

La madama de nuestro relato no había de ser la excepción de la regla y, en la caída, viniósele sobre el pecho la parte delantera del faldellín junto con la camisa, que-

dando a espectación pública y gratuita, el ombligo y sus alrededores.

El espectáculo fue para alquilar ojos y relamerse los labios. ¡Librenos San Expedito de presenciarlo!

Un marquesito, muy currutaco, acudió presuroso a favorecer a la caída, principiando por bajar el subversivo faldellín, para que volviera a cubrir el vientre y todo lo demás, que no sin embeleso contemplara el joven; el suyo fue peor que el suplicio de Tántalo.

Puesta en pie la maltrecha dama, dijo a su amparador:

—Muchas gracias, caballero. —Y luego; imaginando ella referirse al descuido de la autoridad en la limpieza de las calles, añadió: ¿Ha visto usted cosa igual...?

Probablemente el marquesito no se dio cuenta del propósito de crítica a la policía que encarnaba la frase de la dama, pues refiriéndola a *aquello*, a la *cosa*, en fin, que por el momento halagaba a su lujuria, contestó:

—Lo que es cosa igual, precisamente igual, pudiera ser que no; pero parecidas, con vello de más o de menos y hasta pelonas, crea usted, señora mía, que he visto algunas.

FATUIDAD HUMANA

CUANDO EL REY Don Juan de Portugal se vio forzado, en los primeros años del siglo XIX, a refugiarse en el Brasil, tuvo, pues su majestad fue muy braguetero, por combleza o manfla, querida o menina, a la más linda mulatica de Río de Janeiro, relaciones pecaminosas que, a la larga, dieron por fruto un muchacho, lo que nada tiene de maravilloso, sino de muy natural y corriente. ¡Esos polvos traen esos lodos!

Entiendo que la moza exprimió al rey don Juan, dejándolo con menos jugo que a limón de fresquería.

Dicen las crónicas que Patrocínio, tal se llamaba la bagaza, era caliente y alborotada de rabadilla, lo que la producía gran titilación y reconcomio en el clítoris.

Con ella, los cortesanos no tenían más que invitarla a beber una copa de onfacomelí (licor africano), y... a cabalgar se ha dicho...

Sospecho que Patrocínio era tan puta como cualquier chuchumeca de Atenas; cuando a un hombre le venía en gana echar un polvo con una de esas pécoras, no tenía para qué gastar palabras; bastábale con cerrar el puño, levantando el dedo índice. Si la hembra no estaba con patente sucia, o tenía otro compromiso ajustado, le contestaba cerrando el pulgar, en la forma de anillo o círculo.

Y ya saben ustedes, por si lo ignoraban, cuál fue el origen de esta mímica, que hasta ahora subsiste, entre las mozas del burdel. El macho también formaba anillo, metía en él el índice, y daba luego un taponazo, que era como decir: *All right*.

Barruntos tenía el rey de las frecuentes jugarretas de su coima, pero no se atrevía a rezongar, por falta de pruebas; al cabo, durmiósele un día el diablo a la muchacha y sorprendiéndola su señor, como dice la Epístola de San Pablo *illa sub, ille super*, allí fue Troya. Don Juan la encerró, por un año, en la prisión de prostitutas, y mandó al chico al Seminario de Lisboa; corriendo los tiempos, lo hizo arzobispado de Coimbra.

Jubilada ya Patrocinio en la milicia de Venus, aunque nunca había estado en correspondencia con su ilustrísimo y reverendísimo hijo, no pudo negarse a dar una carta de recomendación, a su confesor, para el obispo de Coimbra, llamado a entender en el asunto que lo llevara a Portugal.

Leyó su Ilustrísima la carta, complació al portador en sus pretensiones, y cuando éste fue a despedirse, pidiéndole órdenes para Río de Janeiro, le dio la siguiente carta para Patrocinio:

Señora: Su recomendado le dirá que lo he servido a pedir de boca. No vuelva usted a escribirme, y menos tratándome como cosa suya, porque *os filhos naturais do rey non tenhem madre**. Dios la guarde.

No era Patrocinio de esas que lloran a lágrimas de hormiga viuda, ni habría ido a Roma a consultar al Padre Santo la respuesta que cabría dar a la fatuidad del arzobispillo.

He aquí su contestación:

Señor mío: Agradeciendo las atenciones que a mi confesor ha dispensado, cúpleme decirle que *os filhos de puta non tenhem padre*. Dios le guarde.

* Así en el texto. El portugués del autor es más bien macarrónico. (N. de la edición de 1973).

DE BUENA A BUENO

LA VERDAD purita es, que desde que desapareció la tapada, de sayo y manto, desapareció también la sal criolla de la mujer limeña. Era delicioso ir, hasta 1856, a la alameda de los Descalzos el día de la Porciúncula y en la de San Juan, a la alameda de Acho, en una tarde de toros, y escuchar el tiroteo de agudezas entre ellas y ellos, que los limeños no se quedaban rezagados en la chispa de las respuestas; compruébalo este cuentecito:

Iba en la muy concurrida procesión de Santa Rosa, persiguiendo a gentil tapada, un colegialito de San Carlos, mozo de veinte pascuas floridas, correcto en la indumentaria y de simpático *coramvobis*, realizado con lentes de oro, cabalgados sobre la nariz.

Lucía la tapada un brazo regordete y con hoyuelos, y al andar tenía un *cucuteo* como para resucitar difuntos, dejando ver un piecesito que cabría holgado en la juntura de dos losas de la calle.

Rompió los fuegos el galán, diciéndole a la incógnita belleza:

Me pego de balazos, con cualquiera,
que me diga que no eres hechicera.

—¿Versaina tenemos? ¡Límpiate que estás de huevo y déjame en paz, cuatro ojos!

—Te equivocas, tengo cinco,
un taco para el quinto.
¿Y a ti en el sexto,
cuántos te han puesto?

LOS INOCENTONES

RENIEGO de tales inocentones y la peor recomendación que para mí puede hacerse de un muchacho, es la que algunos padres, muy padrazos, creen hacer en favor de su hijo, cuando dicen: ¡fulanito es un niño muy inocentón!

Siempre que escucho a un padre hablar de las inocentadas de su hija, me viene en el acto a la memoria la copla sobre aquella inocentona que:

Un día dijo a un mozo
A la sombra de una higuera
En no metiéndome a monja
Méteme lo que tú quieras.

¡Inocentones! Ni para curar un dolor de muelas, se encuentra uno en este planeta subllunar.

Conocía a un muchachote de dieciséis años de edad, que nunca había abierto la boca para pronunciar una palabra; los médicos opinaban que no era mudo, sino tartamudo, y que en el día menos pensado, rompería a hablar como una cotorra; por supuesto que recomendaron a la madre lo tratase con mucho mimo y que en nada se le contrariase. Realmente, una tarde, dijo el enfermo:

—Mamá... mamá.

Es para imaginada, más que para descrita, la alegría de la buena señora, que tenía al enfermito en el concepto de ser más inocente que todos los que Herodes condenó a la degollina.

—¡Angelito de Dios! ¿Qué quieres? ¿Qué deseas?

Apuesto una cajetilla de cigarrillos, que es todo lo que puedo despilfarrar, a que no adivinan ustedes lo que contestó el inocentón. Vamos, ¡ya veo que no me aceptan la apuesta y que se dan por vencidos!

—Dime, rey del mundo –prosiguió la madre–, ¿qué es lo que quieres?

—¡Chu...cha! –contestó lacónicamente el picaronazo. Desde entonces, no creo en los inocentones.

EL LECHERO DEL CONVENTO

ALLÁ, POR LOS AÑOS DE 1840, era yanacón o arrendatario de unos potreros en la chacra de Inquisidor, vecina a Lima, un andaluz muy burdo, reliquia de los capitulados con Rodil, el cual andaluz mantenía sus obligaciones de familia con el producto de la leche de una docena de vacas, que le proporcionaban renta diaria de tres a cuatro duros.

Todas las mañanas, caballero en guapísimo mulo, dejaba cántaros de leche en el convento de San Francisco, en el Seminario y en el monasterio de Santa Clara, instituciones con las que tenía ajustado formal contrato.

Habiendo una mañana amanecido con fiebre alta, el buen andaluz llamó a su hijo mayor, mozalbete de quince años cumplidos, tan groserote como el padre que lo engendrara, y encomendóle que fuera a la ciudad a hacer la entrega de cántaras, de a ocho azumbres, de leche morisca o sin bautizar.

Llegado a la portería de Santa Clara, donde con la hermana portera estaban de tertulia matinal la sacristana, la confesonariera, la refistolera y un par de monjitas más, informó a aquella de que, por enfermedad de su padre, venía él a llenar el compromiso.

La portera, que de suyo era parlanchina, le preguntó:

—¿Y tienen ustedes muchas vacas?

—Algunas, madrecita.

—Por supuesto que estarán muy gordas...

—Hay de todo, madrecita; las vacas que joden están muy gordas, pero las que no joden están más flacas que

usted, y eso que tenemos un toro que es un grandísimo jodedor.

—¡Jesús! ¡Jesús!—gritaron, escandalizadas, las inocentes monjitas—. Toma los ocho reales de la leche y no vuelvas a venir, sucio, cochino, ¡desvergonzado! ¡sinvergüenza!

De regreso a la chacra, dio, el muy zamarro, cuenta a su padre de la manera como había desempeñado su comisión, refiriéndole, también, lo ocurrido con la portera.

—¡Cojones! ¡Pedazo de bestia! ¡Buena la has hecho, hijo de puta! Ir con esas pendejadas a calentar a las monjas. ¡Hoy te mato a palos, canalla!

Y le arrimó una buena zurribanda.

A la mañana siguiente, fue el patán andaluz llevando la leche al monasterio, y por todo el camino iba cavilando sobre la satisfacción que se creía obligado a dar a las monjas.

—Madrecitas —les dijo—, vengo a pedirles mil perdones, por las bestialidades que dijo ayer, ese zopenco de mi hijo.

—No ponga usted caso en eso, ño Prisciliano—contestó una de las monjas—, son cosas de muchacho inocente, que no sabe lo que habla.

Se sulfuró al oír esto ño Prisciliano; como yo, tenía tirria y enemiga con los inocentones.

—¿Inocentón, mi hijo? No lo crea usted, madre. ¡Coño y recoño! Como que no sabe usted, que el otro día lo sorprendí con tamaña pinga en la mano, cascándose tres golpes de puñeta. ¡Carajo, con el inocentón!

Y las monjas, poniéndose las manos en los oídos, echaron a correr como palomas asustadas por el gavilán.

Adivinar se deja, que cambiaron de lechero.

PATO CON ARROZ

CONOCÍ A DON MACARIO; era un honrado barbero que tuvo tienda pública en Malambo, allá cuando Echenique y Castilla nos hacían turumba a los peruanos.

Vecina a la tienda había una casita habitada por Chomba (Gerónima), consorte del barbero y su hija Manonga (Manuela), que era una chica de muy buen mirar, vista de proa, y de mucho culebreo de cintura y nalgas, vista de popa.

Don Macario, sin ser borracho habitual, nunca hizo ascos a una copa de moscorrofió; y así sus amigos, como los galancetes o enamorados de la muchacha, solían ir a la casa para remojar una aceitunita. El barbero que, aunque pobre, era obsequioso para los amigos que a su domicilio honraban, condenaba a muerte una gallina o a un pavo del corral y entre la madre y la hija, improvisaban una sabrosa merienda o cuchipanda.

En estas y otras, sucedió que, una noche, sorprendiera el barbero a Manonguita, que se escapaba de la casa paterna, en amor y compañía de cierto mozo muy *cunda*.

Después de las exclamaciones, gritos y barullo del caso, dijo el padre:

—Usted se casa con la muchacha o le muelo las costillas con este garrote.

—No puedo casarme —contestó el mocito.

—¡Cómo que no puede casarse, so canalla! —exclamó el viejo, enarbolando el leño—; ¿es decir que se proponía usted

cular a la muchacha, así... de bobilis, bobilis... de cuenta de buen mozo y después... ahí queda el queso para que se lo coman los ratones? No señor, no me venga con *cumbian-gas*, porque o se casa usted, o lo hago *charquicán*.

—Hombre, no sea usted *súpito*, don Macario, ni se suba tanto al cerezo; óigame usted, con flema, pero en secreto.

Y apartándose, un poco, padre y raptor, dijo éste, al oído, a aquél:

—Sepa usted, y no lo cuente a nadie, que no puedo casarme, porque... soy *capón*; pregúntele al doctor Alcarraz, si no es cierto que, hace dos años, para curarme de una purgación de garrotillo, tuvo que sacarme el huevo izquierdo, dejándome en condición de eunuco.

—¿Y entonces, para qué se la llevaba usted a mi hija? —arguyó el barbero, amainando su exaltación.

—¡Hombre, maestríto! Yo me la llevaba para cocinera, porque las veces que he comido en casa de usted, me han probado que Manonga hace un arroz con pato delicioso y de chuparse los dedos.

LA MOZA DEL GOBIERNO

CAROLINA L...ERA, en 1861, una guapa hembra y por la que el Presidente de la República, el gran mariscal don Ramón Castilla, se desmerecía como un cadete. Con frecuencia y de tapadillo, como se dice, iba después de las once de la noche a visitarla, siendo notorio que su excelencia era el pagano que, sin tacañería, cuidaba del boato de la dama.

El mariscal tenía, por entonces, sesenta y cuatro agostos, pues nació en 1797, y aun parecía hombre sano y enterote; algo debió influir la edad; para que Carolina anhelara las caricias de un joven, con vigor, para registrarla bien los riñones de la concha, cucaracha o como la llamen ustedes.

Víctor Proaño, que con el tiempo llegó a ser general de brigada, en la vecina república del Ecuador y que desde 1860 residía en Lima, en la condición de proscrito, era mozo gallardo y emprendedor y con pujanza para metérselo a un loro por el pico. Demás está añadir que no fue para él asco de iglesia la conquista de Carolina.

Al cabo llegó a noticias del mariscal, de que cuando él, después de las doce, se retiraba de casa de su *maitresse*, volvía a abrirse la puerta para dar entrada a otro hombre que no iría, por cierto, a rezar vísperas sino completas con Carolina.

Una noche, al aproximarse Proaño a la casa, le echaron zarpa encima tres embozados de la policía, lo enjaularon en un coche, lo condujeron al Callao y lo embarcaron en el vapor que a las dos de la tarde zarpaba para

Valparaíso. A Proaño le dijo el comandante Vaquero, que era el jefe de los esbirros, que el gobierno lo desterraba por conspirador; un pretexto, como otro cualquiera, para alejar estorbos.

Es entendido que la dama se defendió como pudo ante don Ramón y que continuó en buen predicamento con él, que acaso en sus adentros, murmuraba:

Me dices que eres honrada,
Así lo son las gallinas
Que cacarean, no quiero...
Y tienen al gallo encima.

El ministro de gobierno era un caballero que, por la talla, merecía ser tambor mayor y al cual había bautizado Castilla con el mote de Casa de Tres Pisos, añadiendo que el piso de abajo, corazón y barriga, estaban siempre bien ocupados, pero que el piso alto, el cerebro, era a veces, habitación vacía.

El ministro tuvo la entereza para decir al Presidente, que encontraba arbitrarios la prisión y destierro de Proaño, a lo que contestó don Ramón:

—¡Vaya unos escrúpulos de Fray Gargajo, los que tiene usted, señor ministro! Ni un colegial se queda tan fresco, cuando otro le birla su hembra. Soy ya gallo de mucha estaca...

—Pero, señor Presidente... —interrumpió el ministro.

—Nada, nada, señor don Manuel... este es asunto, hasta de dignidad nacional. Este hombre va bien desterrado, porque siendo extranjero, ha tenido la insolencia de quitarle la moza al Gobierno del Perú... Y sépalo, señor ministro, el Gobierno no quiere aguantar cuernos.

MATRÍCULA DE COLEGIO

Signore, dom Pietro Cañafistola, direttore de la escuela municipale de Chumbivilcas, 3 de Aprile de 1890.

Mio diletto signore: Fa favore de matriculare ne la sua escuela, mei figlici Benedetto, Bartolomeo e Cipriano, natti in questa citá de Cumbivilcas, il giorno 20 de Febraio de 1881.

Sono suo servitore e amico

Crispin Gatiessa

LEÍDA POREL DÓMINE esta macarrónica esquila, calóse las gafas, abrió el cuaderno de registro o matrícula escolar, entintó la pluma y antes de consignar los datos precisos, entabló conversación con sus futuros alumnos.

Eran estos tres chicos de nueve años, venidos al mundo, en la misma hora o paricio, de una robusta hembra chumbivilcana, casada con don Crispín Gatiessa, boticario de la población, que era un genovés como un trinquete y, tanto, que de una culeada le clavó a su mujer tres muchachotes muy rollizos.

A la simple vista, era casi imposible diferenciar a los niños, pues caras y cuerpos eran de completa semejanza.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó don Pedro a uno de los chicos.

—Servidor de usted, señor maestro, Benedicto —contestó el interrogado con voz de flautín, anacrónica en ser tan desarrollado y vigoroso.

—Vaya una vocesita para meliflua –musitó el magister–, y tú, ¿qué nombre llevas? –continuó, dirigiéndose al otro.

—Para servir a Dios y a la Patria, me llamo Bartolomé –con idéntica voz atiplada.

—¿Otra te pego, Diego? –murmuró, para sí, el maestro–. ¡Vaya un par de maricones! ¡Lucido está el bachicha con su prole! ¿Y tú? –preguntó, dirigiéndose al tercero.

—¿Yo?, yo soy Crispín Gatiessa –contestó con voz de trueno, el muchacho.

Casi se cae de espaldas el bueno de don Pedro Cañafístola, ante tamaño contraste, y exclamó:

—¡Para la puta que los parió! ¡Qué cosa! ¿En qué consistirá, que siendo estos tres niños tan iguales de figura, nacidos del mismo vientre, de la misma ventegrada, o en el mismo día, uno discrepe tanto por vocerrón? Aquí me digo yo, cualquiera pierde su latín. ¡Vaya con los caprichos de la naturaleza!

—Yo le diré a usted, señor maestro, como mi madre no tiene sino dos tetas, ésas sirvieron para que estos dos hermanos mamasen a boca que quieres, y por eso han salido así... pobrecitos de voz.

—Y tú, ¿qué teta mamaste?

—Yo, ninguna.

—¿Cómo ninguna?

—Sí, señor, ninguna; yo mamaba el pájaro de mi padre... y por eso he sacado este vocejón.

LA CENA DEL CAPITÁN

A DIOS GRACIAS, parece que ha concluido en el Perú, el escandaloso período de las revoluciones de cuartel; nuestro ejército vivía dividido en dos bandos, el de los militares levantados y de los militares caídos.

Conocíase a los últimos con el nombre de indefinidos hambrientos; eran gente siempre lista para el bochinche y que pasaban el tiempo esperando la hora... la hora en que a cualquier general, le viniera en antojo encabezar revuelta.

Los indefinidos vivían de la mermaidísima paga, con que de tarde en tarde, los atendía el fisco, y sobre todo, vivían de petardo; ninguno se avenía a trabajar en oficio o en labores campestres. Yo no rebajo mis galones, decía, con énfasis, cualquier teniente zaragatillo; para él más honra cabía en vivir del peliche o en mendigar una peseta, que en comer el pan humedecido por el sudor del trabajo honrado.

El capitán Ramírez era de ese número de holgazanes y sinvergüenzas; casado con una virtuosa y sufrida muchacha, habitaba el matrimonio un miserable cuartucho, en el callejoncito de Los Diablos Azules, situado en la calle ancha de Malambo. A las ocho de la mañana salía el marido a la rebusca y regresaba a las nueve o diez de la noche, con una y, en ocasiones felices, con dos pesetas, fruto de sablazos a prójimos compasivos.

Aun cuando no eran frecuentes los días nefastos, cuando a las diez de la noche, venía Ramírez al domicilio

sin un centavo, le decía tranquilamente a su mujer: Paciencia, hijita, que Dios consiente, pero no para siempre, y ya mejorarán las cosas cuando gobiernen los míos; acuéstate y por toda cena, cenaremos un polvito... y un vaso de agua fresca.

En una fría noche de invierno, la pobre joven, hambrienta y tiritando, se sentó sobre un taburete junto al brasero, alimentando el fuego con virutas recogidas en la puerta de un vecino carpintero; llegó el capitán, revelando en lo carilargo, que traía el bolsillo limpio y que, por consiguiente, esa noche iba a ser de ayuno para el estómago.

—¿Qué haces ahí, Mariquita, tan pegada al brasero? —preguntó, con acento cariñoso, el marido.

—Ya lo ves, hijo —contestó en el mismo tono la mujercita—; estoy calentándote la cena.

LA MISA A ESCAPE

De Bogotá era obispo
Monseñor Cuero
Que fue un sabio y un santo
De cuerpo entero.
Su misa para el pueblo,
Poco duraba,
Pues en cinco minutos
La despachaba;
Porque del Evangelio
Nunca leía
Sino un par de versículos,
Y así decía:
Perdona, Evangelista,
Si más no leo;
Basta de pendejadas
De San Mateo.

OTRAS TRADICIONES

UNA MOZA DE ROMPE Y RAJA

I. EL PRIMER PAPEL MONEDA

SIN LAS NOTICIAS histórico-económicas que voy a consignar, y que vienen de perilla en estos tiempos de bancario desbarajuste, acaso sería fatigoso para mis lectores entender la tradición.

A principios de 1822, la causa de la Independencia corría grave peligro de quedar como la gallina que formó alharaca para poner un huevo, y ése huero. Las recientes atrocidades de Carratalá en Cangallo y de Maroto en Potosí, si bien es cierto que retemplaron a los patriotas de buena ley, trajeron algún pánico a los espíritus débiles y asustadizos. San Martín mismo, desconfiando de su genio y fortuna, habíase dirigido a Guayaquil en busca de Bolívar y de auxilio colombiano, dejando en Lima, el cargo del gobierno, al gran mariscal marqués de Torretagle.

Hablábase de una formidable conspiración para entregar la capital al enemigo; y el nuevo Gobierno, a quien los dedos se le antojaban huéspedes*, no sólo adoptó medidas ridículas, como la prohibición de que usasen capa los que no habían jurado la Independencia, sino que recurrió a expedientes extremos y terroríficos. Entre éstos enumeraremos la orden mandando salir del país a los españoles solteros, y el famoso decreto que redactó don Juan Félix Berindoaga, conde de San Donás, barón de Urpín y oficial mayor de un ministerio. Disponía este decreto que los

* *Los dedos se le antojaban huéspedes*: ser excesivamente suspicaz.

traidores fuesen fusilados y sus cadáveres colgados en la horca. ¡Misterios del destino! El único en quien, cuatro años más tarde, debió tener tal castigo cumplida ejecución fue en el desdichado Berindoaga, autor del decreto.

Estando Pasco y Potosí en poder de los realistas, la casa de Moneda no tenía barras de plata que sellar, y entre los grandes políticos y financistas de la época surgió la idea salvadora de emitir papel moneda para atender a los gastos de la guerra. *Cada uno estornuda como Dios lo ayuda.*

El pueblo, a quien se le hacía muy cuesta arriba concebir que un retazo de papel puede reemplazar al metal acuñado, puso el grito en el séptimo cielo: y para acallarlo fue preciso que don Bernardo de Torretagle escupiese por el colmillo, mandando promulgar el 1º de febrero un bando de espantamoscas, en el cual se determinaban las penas en que incurrían los que, en adelante, no recibiesen de buen grado los billetes de a dos y cuatro reales, únicos que se pusieron en circulación.

La medida produjo sus efectos. El pueblo refunfuñaba, y poniendo cara de vinagre agachó la cabeza y pasó por el aro; mientras que los hombres de Palacio, satisfechos de su coraje para imponer la ley a la chusma, se pusieron, como dice la copla, del *coup de nez*:

en la nariz el pulgar
y los demás en hilera,
y... perdonen la manera
de señalar.

Sin embargo, temió el Gobierno que la mucha tirantez hiciera reventar la sogá, y dio al pueblo una dedada de miel con el nombramiento de García del Río, quien mar-

charía a Londres para celebrar un empréstito, destinado a la amortización del papel y a sacar almas del purgatorio. El comercio, por su parte, no se echó a dormir el sueño de los justos, y entabló gestiones; y al cabo de seis meses de estudiarse el asunto, se expidió el 13 de agosto un decreto para que el papel (que andaba tan despreciado como los billetes de hoy) fuese recibido en la Aduana del Callao y el Estanco de Tabacos. ¡Bonito agosto hicieron los comerciantes de buen olfato! Eso sí que fue *andar al trote para ganarse el capote*.

Cierto es que San Martín no intervino directamente en la emisión del papel moneda; pero el cándido pueblo, que la da siempre de malicioso y de no tragar anchoveta por sardina, se le puso en el magín que el Protector había sacado la brasa por mano ajena, y que él era el verdadero responsable de la no muy limpia operación. Por eso, cuando el 20 de agosto, de regreso de su paseo a Guayaquil, volvió San Martín a encargarse del mando, apenas si hubo señales de alborozo público. Por eso también el pueblo de Lima se había reunido poco antes en la Plaza Mayor, pidiendo la cabeza de Monteagudo*, quien libró de la borrasca saliendo camino del destierro. Obra de este ministro fue el decreto de 14 de diciembre de 1821 que creaba el Banco nacional de emisión.

Fue bajo el gobierno del gran mariscal Riva Agüero cuando, en marzo de 1823, a la vez que llegaba la noticia de quedar en Londres oleado y sacramentado el empréstito,

**Monteagudo*, Bernardo de Monteagudo (1790-1825), prócer argentino de la Independencia. Fue secretario de San Martín en la expedición libertadora y luego ministro. Favoreció los planes monarquistas de San Martín y fue expulsado del país en 1822. Murió asesinado de manera misteriosa.

resolvió el Congreso que se sellara (por primera vez en el Perú) medio millón de pesos en moneda de cobre para amortizar el papel, del que, después de destruir las matrices, se quemaron diariamente en la puerta de la Tesorería billetes por la suma de quinientos pesos, hasta quedar extinguida la emisión.

Así se puso término entonces a la crisis, y el papel con garantía o sin garantía del Estado, que para el caso da lo mismo, no volvió a parecer hasta que... Dios fue servido de enviarnos plétora de billetes de Banco y eclipse total de monedas. Entre los patriotas y los patrioterros hemos dejado a la patria en los huesos y como para el carro de la basura.

Pero ya es hora de referir la tradición, no sea que la pluma se deslice y entre en retozos y comparaciones políticas, de suyo peligrosas en los tiempos que vivimos.

II. LA “LUNAREJA”

Más desvergonzada que la Peta Winder de nuestros días fue, en 1822, una hembra, de las de navaja en la liga y pata de gallo en la cintura, conocida en el pueblo de Lima con el apodo de la *Lunareja*, y en la cual se realizaba al pie de la letra lo que dice el refrán:

Mujer lunareja,
mala hasta vieja.

Tenía la tal un tenducho o covachuela de zapatos en la calle de Judíos, bajo las gradas de la catedral. Eran las covachuelas unos chiribitiles subterráneos que desaparecieron hace pocos años, no sin resistencia de los canó-

nigos, que percibían el arrendamiento de esas húmedas y feísimas madrigueras.

Siempre que algún parroquiano llegaba al cuchitril de Gertrudis la *Lunareja*, en demanda de un par de zapatos de orejita, era cosa de taparse los oídos con algodones para no escucharla echar por la boca de espuerta que Dios la dio sapos, culebras y demás sucias alimañas. A pesar del riguroso bando conminatorio, la zapatera se negaba resueltamente a recibir papelitos, aderezando su negativa con una salsa parecida a ésta:

—Miren, miren al ladronazo de *Ñó* San Martín, que, no contento con desnudar a la Virgen del Rosario, quiere llevarse la plata y dejarnos cartoncitos *imprentados*... ¡La perra que lo parió al muy pu... chuelero!

Y la maldita, que era *goda* hasta la médula de los huesos, concluía su retahíla de insultos contra el Protector cantando a grito herido una copla del *mizmiz*, bailecito en boga, en la cual se le zurraba la badana al supremo delegado marqués de Torretagle.

Peste de pericotes
hay en tu cuarto;
deja la puerta abierta,
yo seré el gato.
¡Muera la patria!
¡Muera el marqués!
¡Qué viva España!
¡Qué viva el rey!

¡Canario! El cantarcito no podía ser más subversivo en aquellos días, en que la palabra *rey* quedó tan proscrita del lenguaje, que se desbautizó al peje-rey para llamarlo

peje-patria, y al pavo real se le confirmó con el nombre de *pavo nacional*.

Los descontentos que a la sazón pululaban aplaudían las insolencias y obscenidades de la *Lunareja*, que propiedad de pequeños y cobardes es festejar la inmundicia que los maldicientes escupen sobre las espaldas de los que están en el poder. Así envalentonada la zapatera, acrecía de hora en hora el atrevimiento, haciendo *huesillo** a los agentes de Policía, que, de cuando en cuando, la amonestaban para que no escandalizase al patriota y honesto vecindario.

Impuesta de todo la autoridad, vaciló mucho el desgraciado Torretagle para poner coto al escándalo. Repugnaba a su caballerosidad el tener que aplicar las penas del bando en una mujer.

El alcalde del barrio recibió al fin orden de acercarse a la *Lunareja* y reprenderla; pero ésta, que, como hemos dicho, tenía *lengua de barbero, afilada y cortadora*, acogió al representante de la autoridad con un aluvión de dicterios tales, que al buen alcalde se le subió la mostaza a las narices, y llamando a cuatro soldados hizo conducir, amarrada y casi arrastrando, a la procaz zapatera a un calabozo de la cárcel de la Pescadería. Lo menos que le dijo a su merced fue:

Usía y mi marido
van a Linares
a comprar cuatro bueyes:
vendrán tres pares.

**Hacer huesillo*, esta expresión no está registrada como americanismo, pero sí *huesillo*, “durazno secado al sol” y, por lo tanto, arrugado. Es esta imagen la que predomina en el giro usado por Palma: “haciendo morisquetas, molestando”.

Vivos hay todavía y comiendo *pan de la patria* (que así llamaban en 1822 al que hoy llamamos pan de hogaza) muchos que presenciaron los verídicos sucesos que relatados dejo, y al testimonio de ellos apelo para que me desmientan, si en un ápice me aparto de la realidad histórica.

Al siguiente día (22 de febrero) levantóse por la mañana en la Plaza Mayor de Lima un tabladillo con un poste en el centro. A las dos de la tarde, y entre escolta de soldados, sacaron de la Pescadería a la *Lunareja*.

Un sayón o ministril la ató al poste, y le cortó el pelo al rape. Durante esta operación lloraba y se retorció la infeliz, gritando:

—¡Perdone mi amo Torretagle, que no lo haré más!

A lo que los *mataperritos* que rodeaban el tabladillo, azuzando al sayón que manejaba tijera y navaja, contestaban en coro:

Dele, maestro, dele,
hasta que cante el miserere.

Y la *Lunareja*, pensando que los muchachos aludían al estribillo del *mizmiz*, se puso a cantar, y como quien satisface cantando la palinodia:

¡Viva la patria
de los peruanos!
¡Mueran los godos,
que son tiranos!

Pero la granujada era implacable y comenzó a gritar con especial sonsonete:

¡Boca dura y pies de lana!
Dele, maestro, hasta mañana.

Terminada la rapadura, el sayón le puso a Gertrudis una canilla de muerto por mordaza, y hasta las cuatro de la tarde permaneció la pobre mujer expuesta a la vergüenza pública.

Desde ese momento nadie se resistió a recibir el papel moneda.

Parece que mis palabras aprovecharon de la lección en cabeza ajena, y que no murmuraron más de las cosas gubernamentales.

III. EL FIN DE UNA MOZA TIGRE

Cuando nosotros los insurgentes perdimos las fortalezas del Callao, por la traición de Moyano y Oliva, la *Lunareja* emigró al Real Felipe*, donde Rodil la asignó sueldo de tres pesetas diarias y ración de oficial.

El 3 de noviembre de 1824 fue día nefasto para Lima por culpa del *pantorrelludo*** Urdaneta, que proporcionó a los españoles gloria barata. El brigadier don Mateo Ramírez, de feroz memoria, sembró cadáveres de mujeres, y niños, y hombres inermes en el trayecto que conduce de la portada del Callao a las plazas de la Merced y San Marcelo. Las viejas de Lima se estremecen aún de horror cuando hablan de tan sangrienta hecatombe.

Gertrudis la *Lunareja* fue una de aquellas furiosas y desalmadas bacantes que vinieron ese día con la caballe-

* *Real Felipe*, la última plaza militar que defendieron los españoles en Lima.

** *Pantorrelludo*, peruanismo por “presuntuoso, fatuo”.

ría realista que mandaba el marqués de Valleumbroso, don Pedro Zabala, y que, como refiere un escritor contemporáneo, cometieron indecibles obscenidades con los muertos bailando en torno de ellos la *mariposa* y el *agua de nieve**.

El 22 de enero de 1826, fecha en que Rodil firmó la capitulación del Callao, murió la *Lunareja*, probablemente atacada de escorbuto, como la mayoría de los que se encerraron en aquella plaza. Mas, por entonces, se dijo que la zapatera había apurado un veneno y preferido la muerte a ver ondear en los castillos el pabellón de la República.

La *Lunareja* exhaló el último aliento gritando: “¡Viva el rey!”.

* *Agua de nieve*, baile negroide.

JUSTICIA DE BOLÍVAR

A Ricardo Bustamante

EN JUNIO de 1824 hallábase el ejército libertador escalonado en el departamento de Ancachs, preparándose a emprender las operaciones de la campaña que, en agosto de ese año, dio por resultado la batalla de Junín y cuatro meses más tarde el espléndido triunfo de Ayacucho.

Bolívar residía en Caraz con su Estado Mayor, la caballería que mandaba Necochea, la división peruana de La Mar, y los batallones Bogotá, Caracas, Pichincha y Voltijeros, que tan bizarramente se batieron a las órdenes del bravo Córdova.

La división de Lara, formada por los batallones Vargas, Rifles y Vencedores, ocupaba cuarteles en la ciudad de Huaraz. Era la oficialidad de estos cuerpos un conjunto de jóvenes gallardos y calaveras, que así eran de indómita bravura en las lides de Marte como en las de Venus. A la vez que se alistaban para luchar heroicamente con el aguerrido y numeroso ejército realista, acometían en la vida de guarnición, con no menos arrojo y ardimiento, a las descendientes de los golosos desterrados del Paraíso.

La oficialidad colombiana era, pues, motivo de zozobra para las muchachas, de congoja para las madres y de cuita para los maridos; porque aquellos malditos militronchos no podían tropezar con un palmito medianamente apetitoso sin decir, como más tarde el valiente Córdova: *Adelante, y paso de vencedor*, y tomarse ciertas familiaridades capaces de dar retortijones al marido me-

nos escamado y quisquilloso. ¡Vaya si eran confianzudos los libertadores!

Para ellos estaban abiertas las puertas de todas las casas, y era inútil que alguna se les cerrase, pues tenían siempre su modo de matar pulgas y de entrar en ella como en plaza conquistada. Además, nadie se atrevía a tratarlos con despego: primero, porque estaban de moda; segundo, porque habría sido mucha ingratitud hacer ascos a los que venían desde las márgenes del Cauca y del Apure a ayudarnos a romper el aro y participar de nuestros reveses y de nuestras glorias, y tercero, porque en la *patria vieja* nadie quería sentar plaza de patriota tibio.

Teniendo la división Lara una regular banda de música, los oficiales, que, como hemos dicho, eran gente amiga del jolgorio, se dirigían con ella después de la lista de ocho a la casa que en antojo les venía, e improvisaban un baile para el que la dueña de la casa comprometía a sus amigas de la vecindad.

Una señora, a la que llamaremos la señora de Munar, viuda de un acaudalado español, habitaba en una de las casas próximas a la plaza en compañía de dos hijas y de dos sobrinas, muchachas todas en condición de aspirar a inmediato casorio, pues eran lindas, ricas, bien endoctrinadas y pertenecientes a la antigua aristocracia del lugar. Tenían lo que entonces se llamaba sal, pimienta, orégano y cominillo; es decir, las cuatro cosas que los que venían de la península buscaban en la mujer americana.

Aunque la señora de Munar, por lealtad sin duda a la memoria de su difunto, era goda y *requetegoda*, no pudo una noche excusarse de recibir en su salón a los caballeros colombianos, que a son de música manifestaron deseo de armar jarana en el aristocrático hogar.

Por lo que atañe a las muchachas, sabido es que el alma les brinca en el cuerpo cuando se trata de zarandear a dúo el costalito de las tentaciones.

La señora de Munar tragaba saliva a cada piropo que los oficiales endilgaban a las doncellas, y ora daba un pellizco a la sobrina que se descantillaba con una palabrita animadora, o en voz baja llamaba al orden a la hija que prestaba más atención de la que exige la buena crianza de las garatusas de un libertador.

Media noche era ya pasada cuando una de las niñas, cuyos encantos habían sublevado los sentidos del capitán de la cuarta compañía del batallón Vargas, sintióse indispuesta y se retiró a su cuarto. El enamorado y libertino capitán, creyendo burlar al Argos de la madre, fuese a buscar el nido de la paloma. Resistíase ésta a las exigencias del tenorio, que probablemente llevaban camino de pasar de turbio a castaño oscuro, cuando una mano se apoderó con rapidez de la espada que el oficial llevaba al cinto y le clavó la hoja en el costado.

Quien así castigaba al hombre que pretendió llevar la deshonra al seno de una familia era la anciana señora de Munar.

El capitán se lanzó al salón cubriéndose la herida con las manos. Sus compañeros, de quienes era muy querido, armaron gran estrépito, y después de rodear la casa con soldados y de dejar preso a todo títere con faldas, condujeron al moribundo al cuartel.

Terminaba Bolívar de almorzar cuando tuvo noticia de tamaño escándalo y en el acto montó a caballo e hizo en poquísimas horas el camino de Caraz a Huaraz.

Aquél día se comunicó al ejército la siguiente

“ORDEN GENERAL.— Su Excelencia el Libertador ha sabido con indignación que la gloriosa bandera de Colombia, cuya custodia encomendó al batallón Vargas, ha sido infamada por los mismos que debieron ser más celosos de su honra y esplendor, y en consecuencia, para ejemplar castigo del delito, dispone:

“1º El batallón Vargas ocupará el último número de la línea, y su bandera permanecerá depositada en poder del general en jefe hasta que, por una victoria sobre el enemigo, borre de dicho cuerpo la infamia que sobre él ha caído.

“2º El cadáver del delincuente será sepultado sin los honores de ordenanza, y la hoja de la espada que Colombia le diera, para defensa de la libertad y la moral, se romperá por el furriel en presencia de la compañía”.

Digna del gran Bolívar es tal orden general. Sólo con ella podía conservar su prestigio la causa de la Independencia y retemplarse la disciplina militar.

Sucre, Córdova, Lara y todos los jefes de Colombia se empeñaron con Bolívar para que derogase el artículo en que degradaba al batallón Vargas por culpa de uno de sus oficiales. El Libertador se mantuvo inflexible durante tres días, al cabo de los cuales creyó político ceder. La lección de moralidad estaba dada, y poco significaba ya la subsistencia del primer artículo.

Vargas borró la mancha de Huaraz con el denuedo que desplegó en Matará y en la batalla de Ayacucho.

Después de sepultado el capitán colombiano, dirigióse Bolívar a casa de la señora de Munar y la dijo:

—Saludo a la digna matrona con todo el respeto que merece la mujer que, en su misma debilidad, supo hallar fuerzas para salvar su honra y la honra de los suyos.

La señora de Munar dejó desde ese instante de ser
goda, y contestó con entusiasmo:

—¡Viva el Libertador! ¡Viva la patria!

BOLÍVAR Y EL CRONISTA CALANCHA

A Aurelio García y García

I

DESPUÉS de la batalla de Ayacucho había en el Perú gente que no daba el brazo a torcer; y que todavía abrigaba la esperanza de que el rey Fernando VII mandase de la metrópoli un ejército para someter a la obediencia a sus rebeldes vasallos. La obstinación de Rodil en el Callao y la resistencia de Quintanilla en Chiloé, daban vigor a esta loca creencia del círculo godó; y aun desaparecidos de la escena estos empecinados jefes, hubo en Bolivia, a fines de 1828, un cura, Salvatierra, y un don Francisco Javier de Aguilera que alzaron bandera por su majestad. Verdad es que dejaron los dientes en la tajada.

Lo positivo es que entre republicanos nuevos y monarquistas añejos había una de no entenderse, y cada cual tiraba de la manta a riesgo de hacerla jirones. No sin razón decía un propietario de aquellos tiempos: “*La madre patria* me ha quitado dinero y alhajas, y el *padre rey**, ganados y granos. No me queda más que el pellejo; ¿quién lo quiere?”.

Existe en el campo de batalla de Ayacucho una choza o casuca habitada por Sucre el día de la acción. Pocas horas después de alcanzada la victoria, uno de los ayudantes del general puso en la pared esta inscripción:

9 de diciembre de 1824

postrer día del despotismo

* *Padre rey*, referencia humorística a San Martín, en oposición a España como *madre patria*.

Una semana más tarde se alojaba en la misma choza la marquesita de Mozobamba del Pozo, peruana muy goda, y añadía estas palabras:

Y primero de lo mismo

En el Cuzco, último baluarte del virrey La Serna, había un partido compacto, aunque diminuto, por la causa de España. Componíanlo veinte o treinta familias de sangre azul como el añil, que no podían conformarse con que la República hubiera venido a hacer tabla rasa de pergamino y privilegios. Y tan cierto es que la política colonial supo poner raya divisoria entre conquistadores y conquistados, que para probarlo me bastará citar el bando que en 17 de julio de 1706 hizo promulgar la Real Audiencia disponiendo que ningún indio, mestizo, ni hombre alguno que no fuera español, pudiese traficar, tener tienda, ni vender géneros por las calles, por no ser decente que se ladeasen con los peninsulares que tenían ese ejercicio, debiendo los primeros ocuparse sólo de oficios mecánicos.

Mientras los patriotas usaban capas de colores oscuros, los recalcitrantes realistas adoptaron capas de paño grana; y sus mujeres, dejando para las insurgentes el uso de perlas y brillantes, se dieron a lucir zarcillos o aretes de oro.

Con tal motivo cantaban los patriotas en los bailes populares esta redondilla:

¡Tanta capa colorada
y tanto zarcillo de oro!...
Si fuera la vaca honrada

cuernos no tuviera el toro.

A la sazón dirigióse al Cuzco el Libertador Bolívar, donde el 26 de junio de 1825 fue recibido con gran pompa, por entre arcos triunfales y pisando alfombras de flores. Veintinueve días permaneció don Simón en la ciudad de los Incas, veintinueve días de bailes, banquetes y fiestas. Para conmemorar la visita de tan ilustre huésped se acuñaron medallas de oro, plata y cobre con el busto del Padre y Libertador de esta tierra peruana, tan asende-
reada después.

Bolívar estaba entonces en la plenitud de su gloria, y de aquí el retrato que de él nos ha legado un concienzudo historiador, y que yo tengo la llaneza de copiar:

“Era el Libertador delgado y de algo menos que regular estatura. Vestía bien, y su aire era franco y militar. Era muy fuerte y atrevido jinete. Aunque sus maneras eran buenas y sin afectación, a primera vista no predisponía mucho en su favor. Sus ojos, negros y penetrantes; pero al hablar no miraba de frente. Nariz bien formada, frente alta y ancha y barba afilada. La expresión de su semblante, cautelosa, triste y algunas veces de fiereza. Su carácter, viciado por adulación, arrogante, caprichoso y con ligera propensión al insulto. Muy apasionado del bello sexo; pero extremadamente celoso. Tenía gran afición a val-sear, y era muy ligero; pero bailaba sin gracia. No fumaba ni permitía fumar en su presencia. Nunca se presentaba en público sin gran comitiva y aparato, y era celoso de las formas de etiqueta. Su actividad era maravillosa, y en su casa vivía siempre leyendo, dictando o hablando. Su lectura favorita era de libros franceses, y de allí vienen los galicismos de su estilo. Hablando bien y fácilmente, le gustaba mucho pronunciar discursos y brindis. Daba

grandes convites; pero era muy parco en beber y comer. Muy desinteresado del dinero, era insaciablemente ávido de gloria”.

El mariscal Miller, que trató con intimidad a Bolívar, y Lorente y Vicuña Mackenna, que no alcanzaron a conocerlo, dicen que la voz del Libertador era gruesa y áspera. Podría citar el testimonio de muchísimos próceres de la Independencia que aún viven, y que sostienen que la voz del vencedor de España era delgada, y que tenía inflexiones que a veces la asemejaban a un chillido, sobre todo cuando estaba irritado.

El viajero Laffond dice: “Los signos más característicos de Bolívar eran un orgullo muy marcado, lo que presentaba un gran contraste con no mirar de frente sino a los muy inferiores. El tono que empleaba con sus generales era extremadamente altanero, sin embargo que sus maneras eran distinguidas y revelaban haber recibido muy buena educación. Aunque su lenguaje fuese algunas veces grosero, esa grosería era afectada, pues la empleaba para darse un aire más militar”.

Casi igual retrato hace el general don Jerónimo Espejo, quien en un interesantísimo libro, publicado en Buenos Aires en 1873, sobre la entrevista de Guayaquil, refiere, para dar idea de la vanidad de Bolívar, que en uno de los banquetes que se efectuaron entonces dijo el futuro Libertador: “Brindo, señores, por los dos hombres más grandes de la América del Sur: el general San Martín y yo”. Francamente, nos parece sospechoso el brindis, y perdone el venerable general Espejo que lo sujetemos a cuarentena. Bolívar pudo ser todo, menos tonto de capirote.

Otro escritor, pintando la arrogancia de Bolívar y

su propensión a humillar a los que lo rodeaban, dice que una noche entró el Libertador, acompañado de Monteagudo*, en un salón de baile, y que, al quitarse el sombrero, lo pasó para que éste se lo recibiera. El altivo Monteagudo se hizo el remolón, y volviendo la cara hacia el grupo de acompañantes, gritó: “Un criado que reciba el sombrero de su excelencia”.

En cuanto al retrato que de Bolívar hace Pruvonena**, lo juzgamos desautorizado y fruto del capricho y de la enemistad política y personal.

II

Pasadas las primeras y más estrepitosas fiestas, quiso Bolívar examinar si los cuzqueños estaban contentos con sus autoridades; y a cuantos lo visitaban, pedía informes sobre el carácter, conducta e ideas políticas de los hombres que desempeñaban algún cargo importante.

Como era natural, recibía informes contradictorios. Para unos, tal empleado era patriota, honrado e inteligente; y el mismo, para otros, era godo, pícaro y bruto.

Sin embargo, hubo un animal presupuestívoro (léase empleado) de quien *nemine discrepante* todos, grandes y chicos, se hacían lenguas para recomendarlo al Libertador.

Maravillado Bolívar de encontrar tal uniformidad de opiniones, llegó a menear la cabeza, murmurando entre dientes:

—¡La pim... pinela! No puede ser.

* Monteagudo, v. segunda nota de “Una moza de rompe y raja”.

** Pruvonena: anagrama (un peruano) del mariscal José de la Riva-Agüero. V. la primera parte de “Una moza de rompe y raja”.

Y luego, alzando la voz, preguntaba:
—¿Juega?
—Ni a las tabas ni a la brisca, excelentísimo señor.
—¿Bebe?
—Agua pura, excelentísimo señor.
—¿Enamora?
—Es marido ejemplar, excelentísimo señor.
—¿Roba?
—Ni el tiempo, excelentísimo señor.
—¿Blasfema?
—Cristiano viejo es, señor excelentísimo, y cumple por cuaresma con el precepto.
—¿Usa capa colorada?
—Más azul que el cielo, excelentísimo señor.
—¿Es rico?
—Heredó unos terrenos y una casa y, ayudado con el sueldecito, pasa la vida a tragos, excelentísimo señor.

Aburrido, Bolívar ponía fin a su interrogatorio lanzando su favorita y ya histórica interjección.

Cuando se despedía el visitante, dirigíase el general a su secretario don Felipe Santiago Estenós:

—¿Qué dice usted de esto, doctorcito?
—Señor, que no puede ser –contestaba el hábil secretario–. Un hombre de quien nadie habla mal es más santo que los que hay en los altares.

—¡No –insistía don Simón–, pues yo no descanso hasta tropezar con alguien que ponga a ese hombre como nuevo!

Y su excelencia llamaba a otro vecino, y vuelta al diálogo y a oír las mismas respuestas, y torna a despedir al informante y a proferir la interjección consabida.

Así llegó el 25 de julio, víspera del día señalado por

Bolívar para continuar su viaje triunfal hasta Potosí, y las autoridades y empleados andaban temerosas de una *poda* o reforma que diese por resultado traslaciones y cesantías.

A media noche salió el Libertador de su cuarto, con un abultado libro forrado en pergamino, y gritando como un loco:

—¡Estenós! ¡Estenós! Ya saltó la liebre.

—¿Qué liebre, mi general? —preguntó, alelado, el buen don Felipe Santiago.

—Lea usted lo que dice aquí este fraile, al que declaro desde hoy más sabio que Salomón y los siete de la Grecia. ¡Boliviano había de ser! —añadió con cierta burlona fatuidad.

Estenós tomó el libro. Era la *Crónica Agustina*, escrita en la primera mitad del siglo XVII por fray Antonio de la Calancha, natural de Chuquisaca.

El secretario leyó en el infolio: *No es más infeliz el que no tiene amigos, sino el que no tiene enemigos; porque eso prueba que no tiene honra que le murmuren, valor que le teman, riqueza que le codicien, bienes que le esperen, ni nada bueno que le envidien.*

Y de una plumada quedó nuestro hombre destituido de su empleo, pues don Simón formuló el siguiente raciocinio:

—O ese individuo es un intrigante contemporizador, que está bien con el diablo y con la corte celestial, o un memo a quien todos manejan a su antojo. En cualquiera de los dos casos, no sirve para el servicio, como dice la ordenanza.

En cuanto a los demás empleados, desde el prefecto al portero, no hizo el Libertador alteración alguna:

¿Tuvo razón Bolívar?

*Tengo para mí que el agustino Calancha... no era frai-
le de manga ancha.*

LAS TRES ETCÉTERAS DEL LIBERTADOR

I

A FINES DE MAYO de 1824 recibió el gobernador de la por entonces villa de San Ildefonso de Caraz, don Pablo Guzmán, un oficio del jefe de Estado Mayor del ejército independiente, fechado en Huaylas, en el que se le prevenía que, debiendo llegar dos días más tarde a la que desde 1868 fue elevada a la categoría de ciudad una de las divisiones, aprestase sin pérdida de tiempo cuarteles, reses para rancho de la tropa y forraje para la caballada. Ítem se le ordenaba que para su excelencia el Libertador alistase cómodo y decente alojamiento, con buena mesa, buena cama y etc., etc., etc.

Que Bolívar tuvo gustos sibaríticos es tema que ya no se discute, y dice muy bien Menéndez y Pelayo cuando dice que la historia saca partido de todo, y que no es raro encontrar en lo pequeño la revelación de lo grande. Muchas veces, sin parar mientes en ello, oí a los militares de la ya extinguida generación que nos dio Patria e Independencia decir, cuando se proponían exagerar el gasto que una persona hiciera en el consumo de determinado artículo de no imperiosa necesidad: “Hombre, usted gasta en cigarrillos (por ejemplo) más que el Libertador en agua de colonia”.

Que don Simón Bolívar cuidase mucho del aseo de su personita y que consumiera diariamente hasta un frasco de agua de colonia, a fe que a nadie debe maravillar. Hacía bien, y le alabo la pulcritud. Pero es el caso que en los cuatro años de su permanencia en el Perú, tuvo el Tesoro nacional

que pagar ocho mil pesos, ¡¡¡8.000!!!, invertidos en agua de colonia para uso y consumo de su excelencia el Libertador, gasto que corre parejas con la partida aquella del Gran Capitán: “En hachas, picas y azadones, tres millones”.

Yo no invento. A no haber desaparecido en 1884, por consecuencia de voraz (y acaso malicioso) incendio, el archivo del Tribunal Mayor de Cuentas, podría exhibir copia certificada del reparo que a esa partida puso el vocal a quien se encomendó, en 1829, el examen de cuentas de la comisaría del Libertador.

Lógico era, pues, que para el sibarita don Simón aprestasen en Caraz buena casa, buena mesa y etc., etc., etc.

Como las pulgas se hicieron, de preferencia, para los perros flacos, estas tres *etcéteras* dieron mucho en qué cavilar al bueno del gobernador, que era hombre de los que tienen el talento encerrado en jeringuilla y más tupido que caldos de habas.

Resultado de sus cavilaciones fue el convocar, para pedirles consejo, a don Domingo Guerrero, don Felipe Gastelumendi, don Justino de Milla y don Jacobo Campos, que eran, como si dijéramos, los caciques u hombres prominentes del vecindario.

Uno de los consultados, mozo que se preciaba de no sufrir mal de piedra en el cerebro, dijo:

—¿Sabe usted, señor don Pablo, lo que en castellano quiere decir *etcétera*?

—Me gusta la pregunta. *En priesa me ven y doncellez me demandan*, como dijo una pazpuerca. No he olvidado todavía mi latín, y sé bien que *etcétera* significa *y lo demás*, señor don Jacobo.

—Pues entonces, lechuga, ¿por qué te arrugas? ¡Si la cosa está más clara que el agua de *puquio*! ¿No se ha fijado

usted en que esas tres *etcéteras* están puestas a continuación del encargo de buena cama?

—¡Vaya si me he fijado! Pero con ello nada saco en limpio. Ese señor jefe de Estado Mayor debió escribir como Cristo nos enseña: pan, pan, y vino, vino, y no fatigarme en que le adivine el pensamiento.

—Pero, hombre de Dios, ¡ni que fuera usted de los que *no compran cebolla por no cargar rabo!* ¿Concibe usted buena cama sin una *etcétera* siquiera? ¿No cae usted todavía en la cuenta de lo que el Libertador, que es muy devoto de Venus, necesita para su gasto diario?

—No diga usted más, compañero —interrumpió don Felipe Gastelumendi—. A moza por *etcétera*, si mi cuenta no marra.

—Pues a buscar tres ninfas, señor gobernador —dijo don Justino de Milla—, en obediencia al superior mandato, y no se empeñe usted en escogerlas entre las muchachas de zapato de ponleví y basquiña de chamelote, que su excelencia, según mis noticias, ha de darse por bien servido siempre que las chicas sean como para la cena de Nochebuena.

Según don Justino, en materia de paladar erótico era Bolívar como aquel bebedor de cerveza a quien preguntó el criado de la fonda: “¿Qué cerveza prefiere usted que le sirva: blanca o negra?”. “Sírvela mulata”.

—¿Y usted qué opina? —preguntó el gobernador, dirigiéndose a don Domingo Guerrero.

—Hombre —contestó don Domingo—, para mí la cosa no tiene vuelta de hoja, y ya está usted perdiendo el tiempo que ha debido emplear en proveerse de *etcéteras*.

II

Si don Simón Bolívar no hubiera tenido en asunto de faldas aficiones de sultán oriental, de fijo que no figuraría en la historia como libertador de cinco repúblicas. Las mujeres le salvaron siempre la vida, pues mi amigo García Tosta, que está muy al dedillo informado en la vida privada del héroe, refiere dos trances que en 1824 eran ya conocidos en el Perú.

Apuntemos el primero. Hallándose Bolívar en Jamaica en 1810*, el feroz Morillo o su teniente Morales enviaron a Kingston un asesino, el cual clavó por dos veces un puñal en el pecho del comandante Amestoy, que se había acostado sobre la hamaca en que acostumbraba dormir el general. Éste, por causa de una lluvia torrencial, había pasado la noche en brazos de Luisa Crober, preciosa joven dominicana, a la que bien podía cantársele lo de:

Morena del alma mía;
morena, por tu querer
pasaría yo la mar
en barquito de papel.

Hablemos del segundo lance. Casi dos años después, el español Renovales penetró a media noche en el campamento patriota, se introdujo en la tienda de campaña, en la que había dos hamacas, y mató al coronel Garrido, que ocupaba una de éstas. La de don Simón estaba vacía porque el propietario andaba de aventura amorosa en una quinta de la vecindad.

* En realidad Bolívar llega a Jamaica en 1815.

Aunque parezca fuera de oportunidad, vale la pena recordar que en la noche del 25 de setiembre, en Bogotá, fue también una mujer quien salvó la existencia del Libertador, que resistía a huir de los conjurados, diciéndole: “De la mujer, el consejo”, presentándose ella ante los asesinos, a los que supo detener mientras su amante escapaba por una ventana.

III

La fama de mujeriego que había precedido a Bolívar contribuyó en mucho a que el gobernador encontrara lógica y acertada la descifración que de las tres *etcéteras* hicieron sus amigos, y después de pasar mentalmente revista a todas las muchachas bonitas de la villa, se decidió por tres de las que le parecieron de más sobresaliente belleza. A cada una de ellas podía, sin escrúpulo, cantársele esta copla:

De las flores, la violeta;
de los emblemas, la cruz;
de las naciones, mi tierra,
y de las mujeres, tú.

Dos horas antes de que Bolívar llegara, se dirigió el capitán de cívicos don Martín Gamero, por mandato de la autoridad, a casa de las escogidas, y sin muchos preámbulos las declaró presas, y en calidad de tales las condujo al domicilio preparado para alojamiento del Libertador. En vano protestaron las madres, alegando que sus hijas no eran godas, sino patriotas hasta la pared del frente. Ya se sabe que el derecho de protesta es derecho femenino, y

que las protestas se reservan para ser atendidas el día del juicio, a la hora de encender faroles.

—¿Por qué se lleva usted a mi hija? –gritaba una madre.

—¿Qué quiere usted que haga? –contestaba el pobrete capitán de cívicos—. Me la llevo de orden suprema.

—Pues no cumpla usted tal orden –argumentaba otra vieja.

—¿Que no cumpla? ¿Está usted loca, comadre? Parece que usted quisiera que la complazca por sus ojos bellidos, para que luego el Libertador me fría por la desobediencia. No, hija, no entro en componendas.

Entre tanto, el gobernador Guzmán, con los notables, salió a recibir a su excelencia a media legua de camino. Bolívar le preguntó si estaba listo el rancho para la tropa, si los cuarteles ofrecían comodidad, si el forraje era abundante, si era decente la posada en que iba a alojarse; en fin, lo abrumó a preguntas. Pero, y esto chocaba a don Pablo, ni una palabra que revelase curiosidad entre las cualidades y méritos de las *etcéteras* cautivas.

Felizmente para las atribuladas familias, el Libertador entró en San Ildefonso de Caraz a las dos de la tarde, impúsose de lo ocurrido, y ordenó que se abriese la jaula a las palomas, sin siquiera ejercer la prerrogativa de una vista de ojos. Verdad que Bolívar estaba por entonces libre de tentaciones, pues traía desde Huaylas (supongo que en el equipaje) a Manolita Madroño, que era una chica de dieciocho años, de lo más guapo que Dios creara en el género femenino del departamento de Ancachs.

En seguida le echó don Simón al gobernadorcillo una repasada de aquellas que él sabía echar y lo destituyó del cargo.

LA CARTA DE “LA LIBERTADORA”

I

LOS LIMEÑOS que por los años de 1825 a 1826 oyeron cantar en la catedral, entre la Epístola y el Evangelio, a guisa de antífona:

De ti viene todo
lo bueno, Señor;
nos diste a Bolívar,
gloria a ti, gran Dios.

transmitieron a sus hijas, limeñas de los tiempos de mi mocedad, una frase que, según ellas, tenía mucho entripado y nada de *cuodlibeto*. Esta frase era: *la carta de la Libertadora*.

A galán marrullero, que pasaba meses y meses en chafalditas y ciquiritacas tenaces, pero insustanciales, con una chica, lo asaltaba de improviso la madre de ella con estas palabras:

—Oiga usted, mi amigo, todo está muy bueno; pero mi hija no tiene tiempo que perder, ni yo aspiro a catedrática en echacorvería. Conque así, o se casa usted pronto, pronto, o da por escrita y recibida *la carta de la Libertadora*.

—¿Qué es de Fulano? ¿Por qué se ha retirado de tu casa? —preguntaba una amiga a otra.

—Ya eso se acabó, hija —contestaba la interpelada—. Mi mamá le escribió *la carta de la Libertadora*.

La susodicha epístola era, pues, equivalente a una notificación de desahucio, a darle a uno con la puerta en las narices y propinarle calabazas en toda regla.

Hasta mosconas y perendecas rabisalseras se daban tono con la frase: “Le he dicho a usted que no hay posada, y dale a desensillar. Si lo quiere usted más claro, le escribiré *la carta de la Libertadora*”.

Por supuesto que ninguna limeña de mis juveniles tiempos, en que ya habían pasado de moda los versitos de la antifona, para ser reemplazados con estos otros:

Bolívar fundió a los godos
y desde ese infausto día
por un tirano que había
se hicieron tiranos todos;

por supuesto, repito, que ninguna había podido leer la carta, que debió de ser mucha carta, pues de tanta fama disfrutaba. Y tengo para mí que las mismas contemporáneas de doña Manolita Sáenz (la Libertadora) no conocieron el documento sino por referencias.

El cómo he alcanzado yo a adquirir copia de la carta de la Libertadora, para tener el gusto de echarla hoy a los cuatro vientos, es asunto que tiene historia, y, por ende, merece párrafo aparte.

II

El presidente de Venezuela, general Guzmán Blanco, dispuso, allá por los años de 1880, que por la imprenta del Estado se publicase en Caracas una compilación de cartas a Bolívar, de las que fue poseedor el general Florencio O’Leary.

Terminada la importantísima publicación, quiso el Gobierno completarlas dando también a la luz las *Memo-*

rias de O'Leary, y, en efecto, llegaron a repartirse veintiséis tomos.

Casi al concluirse estaba la impresión del tomo 27, pues lo impreso alcanzó hasta la página 512, cuando, por causa que no nos hemos fatigado en averiguar, hizo el Gobierno un auto de fe con los pliegos ya tirados, salvándose de las llamas únicamente un ejemplar que conserva Guzmán Blanco, otro que posee el encargado de corregir las pruebas y dos ejemplares más que existen en poder de literatos venezolanos, que, en su impaciencia por leer, consiguieron de la amistad que con el impresor les ligara que éste les diera un ejemplar de cada pliego a medida que salían de la prensa.

Nosotros no hemos tenido la fortuna de ver un solo ejemplar del infortunado tomo 27, cuyos poseedores diz que lo enseñaron a los bibliófilos con más orgullo que Rothschild el famoso billete de banco por un millón de libras esterlinas*.

Gracias a nuestro excelente amigo el literato caraqueño Arístides Rojas supimos que en ese tomo figura la carta de la *Libertadora* a su esposo el doctor Thorne. Éste escribía constantemente a doña Manolita solicitando una reconciliación, por supuesto sobre la base de lo pasado, pasado, cuenta nueva y baraja ídem.

—El médico inglés —me decía Rojas— se había convertido de hombre serio en niño llorón, y era, por tanto, más digno de babador que de corbata.

Y el doctor Thorne era de la misma pasta de aquel marido que le dijo a su mujer:

* En 1916 hemos conseguido un ejemplar del anatematizado tomo 27 hasta la página 512.

—¡Canalla! Me has traicionado con mi mejor amigo.

—¡Mal agradecido! —le contestó ella, que era de las hembras que tienen menos vergüenza que una gata de techo—. ¿No sería peor que te hubiera engañado con un extraño?

Toro a la plaza. Ahí va la carta.

III

“No, no, no, no más, hombre, ¡por Dios! ¿Por qué me hace usted faltar a mi resolución de no escribirle? Vamos, ¿qué adelanta usted sino hacerme pasar por el dolor de decirle mil veces que no?”

“Usted es bueno, excelente, inimitable; jamás diré otra cosa sino lo que es usted. Pero, mi amigo, dejar a usted por el general Bolívar es algo; dejar a otro marido sin las cualidades de usted, sería nada.

“¿Y usted cree que yo, después de ser la predilecta de Bolívar, y con la seguridad de poseer su corazón, preferiría ser la mujer de otro, ni del Padre, ni del Hijo, ni del Espíritu Santo, o sea de la Santísima Trinidad?”

“Yo sé muy bien que nada puede unirme a Bolívar bajo los auspicios de lo que usted llama honor. ¿Me cree usted menos honrada por ser él mi amante y no mi marido? ¡Ah!, yo no vivo de las preocupaciones sociales.

“Déjeme usted en paz, mi querido inglés. Hagamos otra cosa. En el cielo nos volveremos a casar; pero en la tierra, no.

“¿Cree usted malo este convenio? Entonces diría que es usted muy descontentadizo.

“En la patria celestial pasaremos una vida angélica, que allá todo será a la inglesa, porque la vida monótona

está reservada a su nación, en amor se entiende; pues en lo demás, ¿quiénes más hábiles para el comercio? El amor les acomoda sin entusiasmo; la conversación, sin gracia; la chanza, sin risa; el saludar, con reverencia; el caminar, despacio; el sentarse, con cuidado. Todas éstas son formalidades divinas; pero a mí, miserable mortal, que me río de mí misma, de usted y de todas las seriedades inglesas, no me cuadra vivir sobre la tierra condenada a Inglaterra perpetua.

“Formalmente, sin reírme, y con toda la seriedad de una inglesa, digo que no me juntaré jamás con usted. No, no y no.

“Su invariable amiga,

Manuela”.

IV

Si don Simón Bolívar hubiera tropezado un día con el inglés, seguro que entre los dos habría habido el siguiente diálogo:

—Como yo vuelva a saber
que escribe a mi Dulcinea...

—¡Pero, hombre, si es mi mujer!

—¡Qué importa que lo sea!

¿No le parece a ustedes que la cartita es merecedora de la fama que alcanzó, y que más claro y repiqueteado no cacarea una gallina?

COMENTARIOS

JUICIOS LITERARIOS

POCOS DÍAS ANTES del centenario del general San Martín, me di el placer de hacer una visita a mi respetabilísimo amigo el doctor D. Juan María Gutiérrez, uno de los hombres, nacidos en este continente, más profundamente animado por el sentimiento americano.

Charlábamos sobre la conferencia literaria que debía celebrarse en honor del libertador de tres naciones. Él, con su inalterable buena voluntad, había aceptado el compromiso de presentar un trabajo histórico sobre San Martín, y había elegido como tema los esfuerzos del héroe para levantar el nivel intelectual de los pueblos que acababan de despertar a la vida libre e independiente. D. Bartolomé Mitre, por su lado, y bajo el título irónico de *Las cuentas del gran capitán*, remitió un interesantísimo artículo, presentando al vencedor de Maypú como un tipo acabado de pobreza y desprendimiento. Los poetas hablaron también: Ricardo Gutiérrez, Carlos Encina y Olegario Andrade doblaron reverentes la rodilla ante el padre de nuestra independencia, cantando su cuna humildemente perdida entre los bosques de las Misiones y su tumba iluminada por la bendición de un mundo entero.

D. Juan María Gutiérrez me presentaba sus quejas contra nuestra generación que, en materia de literatura, no tenía ideal patrio. “Viven ustedes –me decía– en un mundo ficticio. Tome usted esos tres poetas cuyos versos van a ser mañana aplaudidos, y dígame si es posible encontrar en ellos la expresión de nuestra sociabilidad propia, el eco

de nuestros dolores históricos, la voz de una aspiración americana. Son todos ustedes europeos en la forma y en el fondo; porque sus producciones están impregnadas del sentimentalismo enfermizo de Byron, del escepticismo cáustico de Heine o del enervante pesimismo de Leopardi, precisamente cuando todas esas anomalías morales empiezan a perder su crédito en el viejo mundo. Fijen, por Dios, sus ojos y su alma en esta tierra americana, que les abrirá cariñosa el tesoro que encierra en su tradición; identifiquen su ideal con el del pueblo en cuyo seno han nacido, y dejen al pasado enterrar sus muertos. He pasado las últimas noches leyendo las *Tradiciones peruanas* de Ricardo Palma, y pocos libros han respondido más eficazmente a la necesidad que siente mi espíritu de ver llegada la hora en que la literatura americana no sea una planta exótica en suelo americano. Tengo cariño y gratitud por ese escritor brillante que honra las letras de su patria. Le he enviado mi palabra de aliento, y espero reciba con agrado el aplauso del viejo veterano tan cerca ya de la tumba”.

¡Tan cerca ya de la tumba! ¡Pobre maestro querido! ¡Tres días después, vencido por las emociones profundas que las fiestas del centenario habían desenvuelto en su alma, dobló su cabeza generosa y se hundió en el reposo! ¡Quién me diera –decía sobre su féretro un noble francés– morir en mi patria, en el aniversario de Hoche o de Marceau!

Fue un atleta de las letras argentinas. Su amor inalterable por las cosas bellas parecía haber iluminado su fisonomía, dando un brillo atrayente a sus cabellos blancos como los de Longfellow. Vivió en un mundo encantado, despreciando la ola furiosa del positivismo que pasaba a sus pies; se encerró en su modesto Túsculo y, como el

poeta latino, empleó las horas de su vida en adornarlas de puras emociones. Pocas veces bajó a la prensa, esa arena ardiente que a todos nos tuesta y endurece el corazón; esa *alma nutrix*, como diría Janín, que a todos nos absorbe, pero que a todos nos levanta. Hundido en sus recuerdos, rodeado de sus esperanzas, estudió la manifestación de aquellos espíritus elevados que, para nosotros, son el pasado, y eran para él la juventud. En esa tarea, grave y tenaz, pero serena, su inteligencia parecía haberse pulido, su gusto purificado, y en la edad en que Voltaire empezaba a burlarse de todo y en que Goethe se encerraba en su profundo egoísmo, tenía acentos de entusiasmo juvenil, pesares de la adolescencia, emociones de los veinte años. No lo veis, como a Schiller joven o a Heine antes de la parálisis, echar de menos el mundo helénico y mirar con tristeza los astros del firmamento que hoy descompone el espectrómetro, y que ahora tres mil años eran dioses que poblaban los cielos y rejuvenecían al mundo al sacudir su cabellera, como dice Musset.

Cuando el nombre del doctor Gutiérrez cruza mi memoria, no puedo acallar el sentimiento de respeto que me invade. Amás, si había nacido en suelo argentino, su patria intelectual era la América entera.

Tenía razón el viejo maestro al referirse al carácter del estro de los tres grandes poetas argentinos contemporáneos. Cada uno sigue la magnífica senda de su índole.

Dejad a Ricardo Gutiérrez las profundas evoluciones del alma, las amarguras de la vida, los rudos dolores, las angustias inagotables cuyo término sólo existe en la fría soledad de las tumbas; campo infinito como el dolor, in-

mutable como la humana naturaleza¹.

Dejad a Encina las maravillosas adivinaciones del sentimiento; su espíritu robusto poetiza toda noción que adquiere, como este suelo tropical levanta a las nubes la planta nacida del impalpable germen. Todos los sueños, todas las vagas aspiraciones de la humanidad hacia un ideal divino han proyectado su sombra sobre esa inteligencia vigorosa que se ha retemplado en la lucha y que ha deslumbrado con brillo incomparable el día que una chispa de esperanza ha ido a alojarse en ella².

El alma de Andrade debe haber animado el cuerpo de algún hombre primitivo, contemporáneo de los últimos y soberbios cataclismos de la naturaleza. El poeta, como Pitágoras, tiene la vaga reminiscencia de una vida anterior: recuerda las montañas que entreabren la tierra con su esfuerzo pujante y levantan sus crestas al cielo: cree oír los huracanes que estremecen el mar hasta las entrañas, y su mirada extática percibe aún las escenas ciclópeas de ese génesis maravilloso. Allí beben su inspiración esos cantos viriles y enérgicos; allí se condensan esas imágenes gráficas que sobrecogen al que las mira de improviso³.

Pero ninguno de ellos llena la misión del poeta americano, según la comprendía el doctor Gutiérrez: responden a un mundo moral que el cosmopolitismo de la sociabilidad argentina ha aclimatado en el Plata.

Los únicos trabajos de ese género, esencialmente americano y que el Sr. Palma ha llevado tan alto, pertenecen al doctor D. Vicente F. López y fueron escritos en su juventud. Supongo que será aquí bien conocida su precio-

1. "La fibra salvaje", "El libro de las lágrimas", etc.

2. "Canto a Colón", "El arte", "La idea", etc.

3. "Prometeo", "El nido de cóndores", "El arpa perdida", etc.

sa y característica novela *La novia del hereje*. Inéditos e inacabados tiene aún los manuscritos de algunos romances de la misma índole, como *El conde de Buenos Aires* (título que el rey de España dio a D. Santiago Liniers por la defensa contra los ingleses); *Martín I* (apodo que daban los patriotas al jefe de la conspiración española para contrarrestar el movimiento revolucionario, personaje que, como diría Palma, trabó íntima relación con la *ene* de palo), y *El capitán Vargas*, episodios de la guerra de la Independencia. Más tarde, el doctor López se entregó a estudios serios y profundos sobre este país, publicando su atrevido libro *Las razas arianas del Perú*, y emprendió los admirables estudios históricos publicados bajo el nombre de *Recuerdos del año XX*. Los romances antes mencionados esperan la última mano, y desgraciadamente para las letras americanas temo la esperen aún largo tiempo. El hijo del doctor López, Lucio Vicente López, apareció con estruendo en el mundo de las letras, ahora diez años, publicando su *Canto al Cuzco*, en el que revivía la vibrante poesía india tan poderosamente reflejada en el *Ollantay*. Luego se hizo abogado, hombre político, periodista, parlamentario de primer orden, y las musas, que habían juzgado innecesario *hacerle rentas*, se quedaron con un palmo de narices.

¡Honor, pues, a los leales! Y entre ellos, ¡honor máximo a Ricardo Palma!

Acabo de releer la mayor parte de las tradiciones del inimitable narrador. Si a Ossian es necesario leerlo en la montaña, a Tennyson junto a un buen fuego en una confortable villa inglesa, a Beaumarchais en París y al Tasso en Florencia, sostengo que a Palma hay que leerlo en Lima.

Para el extranjero, el teatro casi no ha cambiado. No

conozco una ciudad que tenga un colorido más americano que ésta. Dios se lo conserve, para reposar la mirada de aquellos *patiches* europeos que se llaman Valparaíso, Santiago o Buenos Aires.

En cuanto a los personajes, fijad un poco la atención y la mirada hasta que los ojos adquieran aquella potencia óptica que, en la leyenda alemana, hace salir las figuras de las telas y animarse los mármoles y bronces, y veréis encarnarse el personaje tradicional y pasarse con toda tranquilidad por esta noble ciudad de los reyes.

Ese es mi encanto en los libros de Palma.

La limeña que vuelve tarumba al virrey en persona con una mirada o un chiste, la he visto ayer salir de Santo Domingo con los ojos como ascuas bajo el encaje del manto, con un pie capaz de desaparecer en la juntura de dos piedras y aquel andar que hubiera hecho persignarse al mismo San Antonio.

Todos viven: el reverendo padre franciscano, redondo, satisfecho, regordete, con la unción en el semblante que da la digestión tranquila; el *zambito físico*, paquete, sonriente y decididor; el indio, paciente y manso; todos viven, repito; pero... ¡me falta el virrey!

Y yo amo al virrey, cuando es genuino, legítimo, sin mezcla, cuando es virrey del Perú, en una palabra, y no aquella falsificación que se llamó virrey del Río de la Plata, venido a la vida en 1776, cuando los mismos reyes empezaban a liar petates y los criollos a tener veleidades de libre cambio, libertad de prensa y demás paparruchas que nos cayeron encima junto con la *patria*.

He ahí, a mi juicio, el puro timbre de gloria para Ricardo Palma. Walter Scott no ha dado más vida y movimiento al caballero de las Cruzadas, Monley al Taciturno, ni

Macaulay a Jacobo II, que Palma a los virreyes del Perú. El azar no quiso que Molière los conociera y nos privó de una obra maestra; pero el autor de las *Tradiciones peruanas* ha salvado el vacío de una manera prodigiosa.

Si todo lo que Palma cuenta no ha sucedido, peor para la historia. En cuanto a mí, declaro que, por egoísmo, no se me ocurre poner ni por un instante en duda cuanta afirmación hace el *encantador*.

Ivanhoe puede no haber existido; pero ni Thierry ni Treeman dan, en sendos capítulos, una idea tan exacta del estado social de la Inglaterra en los tiempos que sucedieron a la conquista, como ese tipo, mitad sajón, mitad normando, formado con la más pura levadura histórica. La idea de la obra maestra de Agustín Thierry le vino leyendo el *Ivanhoe* de Walter Scott. No es aventurado suponer que a las *Tradiciones peruanas* esté reservado el honor de inspirar alguna historia del virreinato del Perú, que tanta falta hace.

El estilo de Ricardo Palma es su propiedad exclusiva e inimitable; pero aquel que, engañado por su pureza castiza, le supusiera una filiación únicamente española, sufriría un grave error. No se alcanza esta perfección sin conocer a fondo los humoristas ingleses, especialmente Swift y Henry Bayle; sin haber vivido en íntimo comercio con Molière, y entre los alemanes con Heine y Jean Paul. Indudablemente que sobre todos ellos está Cervantes; pero es precisamente el carácter de nuestra literatura americana la base ecléctica en que se apoya. Todo eso ha tomado su nota individual al pasar por el espíritu de Palma, dando por resultado ese estilo, lleno de chispa y malicia, que roza siempre los hombres y las costumbres sin cortar hasta el hueso; que no se desmiente jamás,

manteniéndose en la atmósfera de picaresca ingenuidad que lo hace delicioso.

Entre los exquisitos halagos que esta tierra ofrece al viajero argentino, no ha sido de los menos gratos para mí la lectura de las *Tradiciones peruanas* de Ricardo Palma en plena Lima.

Quiera el poeta aceptar esta descosida charla como la expresión de mi gratitud por las buenas horas que su libro me ha hecho vivir en el pasado.

Miguel Cané

Lima, febrero 7 de 1880.

RICARDO PALMA

FOTOGRAFADO

FUI DESDE EL CALLAO a Lima, por sólo conocerle, en febrero de 1888. De a bordo a tierra iba con un chileno que me decía: “No vaya usted a verle; es como un ogro de terco”. Yo pensaba para mi colete: De un regaño no ha de pasar... Y ¡cáspita! recordaba mi *Canto épico a las glorias de Chile*.

Llevado por un coche que encontré en la calle de Mercaderes, después de caminar un buen rato por aquellas calles de la alegre ciudad de los virreyes, me encontré a las puertas de la Biblioteca Nacional. Entré, y tras pasar largos corredores, llegué al departamento del Sr. Director. Frente a la puerta de su oficina me detuve un momento para admirar el célebre cuadro de Montero *La muerte de Atahualpa*. Por fin, valor y adelante. Dos golpecitos en la puerta... De un regaño no ha de pasar...

“¡Oh, mi Sr. D. Darío Rubén!...”. Ante una mesa toda llena de papeles nuevos y viejos, viejos sobre todo, estaba Ricardo Palma, y me recibía con una amable sonrisa que me daba ánimos, debajo de sus espesos y canosos bigotes retorcidos. ¡Figura simpática e interesante en verdad! Mediano de cuerpo, ágil a pesar de su gruesa carga de años, ojos brillantes que hablan y párpados movibles que subrayan a veces lo que dicen los ojos, rápido gesto de buen conversador y palabra fácil y amena: ¡tal era el ogro! “Oh, mi Sr. D. Darío Rubén...”. Así me saludó, así, poniendo el apellido primero y el nombre después. Mi pobre nombre tiene esa capellanía. En diarios sudamericanos

he leído: “El escritor que se oculta bajo el seudónimo de Rubén Darío...”. Sí, unos lo creen seudónimo, otros lo colocan al revés, como el ingenio de las *Tradiciones peruanas*, y otros, como D. Juan Valera, dicen que es un nombre “contrahecho o fingido...”.

¡Válgame Dios! Pero dejo para otra vez el contar por qué mi nombre es judaico y mi apellido persa, y vuelvo a D. Ricardo. Me habló de su vida entre papeles antiguos, llenos de polvo y polillas; de literatos chilenos amigos suyos; de su querida Biblioteca, que está restaurándose; de la guerra del Pacífico (ahora viene el regaño, pensé...); ¡de tantas cosas más!

Luego me llevó a conocer todos los departamentos del edificio, el salón de pinturas y esculturas nacionales, el de lectura y los extensísimos de los libros y manuscritos. No pude menos que exclamar: “¡Rica Biblioteca!”. Encendí la pólvora. Vino el regaño, pero no para mí; no apareció el ogro, sino el hombrecito vibrante y patriota: “¡Rica antes de que la destrozaran los chilenos! Cuando la ocupación, entraban los soldados ebrios a robarse los libros. ¡Vea usted, mi Sr. D. Darío, vea usted!”. Se acercó a un estante y tomó un precioso incunable, en una de cuyas páginas estaba escrito, con letra de Palma, que el libro había sido comprado en *dos reales a un soldado de Chile*. Me narraba atrocidades. Me dijo todo lo que había sufrido en los tiempos terribles. Y al oírle hablar todo nervioso, con voz conmovida, yo pensaba: “¿A qué hora le llegará su turno a mi *Canto épico*?”. No le tocó.

Libros ingleses, libros alemanes, libros italianos y americanos, libros españoles, la vieja legión de clásicos y casi todos los autores modernos estaban en aquellas estanterías; y luego el amarillento archivo colonial, los

cronicones vetustos, la vasta mina escabrosa de donde el brillante y original trabajador peruano saca a la luz del mundo literario el grano de oro sin liga, que resplandece con brillo alegre en sus tradiciones incomparables.

“Me da tristeza –me dijo– que la parte americana sea tan pobre”. Y en efecto, hacían falta muchas notables obras chilenas, argentinas, venezolanas, colombianas, ecuatorianas y con especialidad centro-americanas. Recuerdo que entre los libros de Guatemala encontré algunos de autores cubanos. Batres Montúfar, el príncipe de los *conteurs* en verso, estaba allí; pero no García Goyena, el egregio fabulista, honra de la América Central, aunque nacido en el Ecuador.

Pasamos luego a un gran salón donde están los retratos de los presidentes del Perú, destacándose entre ellos el del general Cáceres, en su caballo guerrero de bello espumoso y brava estampa.

... Vi también el de aquel indio legendario que, correo de guerra, tomado por el enemigo, se comió las cartas que llevaba, antes que entregarlas, y murió fieramente.

Palma me explicaba todo, complaciente, afable, citando nombres y fechas, hasta que volvimos a su oficina, donde llama la atención en una de las paredes un gran cuadro formado con billetes de banco y sellos de correo peruanos.

Mientras él me hablaba de sus nuevos trabajos y de que pensaba entrar en arreglos con un editor de Buenos Aires para publicar una edición completa de sus *Tradiciones peruanas*, yo recordaba que, en el principio de mi juventud, me había parecido un hermoso sueño irrealizable estar frente a frente con el poeta de las *Armonías*, de quien me sabía desde niño aquello de

¡Parto, oh patria, desterrado!
De tu cielo arrebolado
mis miradas van en pos.
Y en la estela
que riela
sobre la faz de los mares
¡ay! envió a mis hogares
un adiós,

y con el autor de tanta famosa tradición cuyo nombre ha alabado la prensa del mundo, desde el *Fígaro* de París hasta el último de nuestros periódicos. Y veía que el ogro no era tal ogro, sino un corazón bondadoso, una palabra alentadora y lisonjera, un conversador jovial, un ingenio en quien, con harta justicia, la América ve una gloria suya.

En sus juicios literarios se dejan ver sus conocimientos del arte y su fina percepción estética. Él es decidido afiliado a la corrección clásica, y respeta a la Academia. Pero comprende y admira el espíritu nuevo que hoy anima a un pequeño, pero triunfante y soberbio grupo de escritores y poetas de la América española: el modernismo. Conviene a saber: la elevación y la demostración en la crítica, con la prohibición de que el maestro de escuela anodino y el pedagogo chascarrillero penetren en el templo del arte; la libertad y el vuelo; el triunfo de lo bello sobre lo preceptivo, en la prosa, y la novedad en la poesía; dar color y vida y aire y flexibilidad al antiguo verso que sufría anquilosis, apretado entre tomados moldes de hierro. Por eso él, el impecable, el orfebre buscador de joyas viejas, el delicioso anticuario de frases y refranes, aplaude a Díaz Mirón, el poderoso, y a Gutiérrez Nájera, cuya pluma aristocrática no escribe para la burguesía literaria, y a Rafael Obligado,

y a Puga Acal, y al chileno Tondreau, y al salvadoreño Gavidia, y al guatemalteco Domingo Estrada. Deleita oír a Palma tratar de asuntos filosóficos y artísticos, porque se advierte que en aquel cuerpo que se halla a las puertas de la ancianidad, corre una sangre viva y joven, y en aquella alma arde un fuego sagrado, que se derrama en claridades de nobilísimo entusiasmo.

Es la primera figura literaria que hoy tiene el Perú, junto con mi querido amigo el poeta Márquez, insigne traductor de Shakespeare. Y a propósito de poetas, en una de sus cartas me decía una vez D. Ricardo: “Yo no soy poeta”. Ante esta declaración, no hice sino recordar su magistral traducción de Víctor Hugo, donde aparece, formidable y aterrador, aquel ojo que, desde lo infinito, está fijo mirando a Caín en todas partes. En cuanto a sus versos ligeros y jocosos, pocos hay que le aventajen en gracia y facilidad. Tienen la mayor parte de ellos un algo encantador, y es la nota limeña.

¡Lima! Ya lo he dicho en otra parte. Si Santiago es la fuerza, Lima es la gracia. Si queréis gozar ¡oh! los que leáis estas líneas, id a Lima, si tenéis dinero; y si no lo tenéis, id también. Hallaréis un delicioso clima, muchas flores, un cielo azul y radiante. Y sobre todo, allí encontraréis a la andaluza de América, a la mujer limeña, breve de pie y de mano, de boca roja y ojos que hipnotizan, incendian y enloquecen. Id al hermoso paseo de la Exposición, lleno de kioscos, alamedas, jardines y verdores alegres; id en las tardes de paseo, cuando están las mujeres entre los árboles y las rosas, como en una fiesta de hermosura, o en concurso de gracias, dominadoras y gentiles. O pasad por los portales cuando, envueltas en sus mantos negros, pasan las damas que sólo dejan ver algo de blancura ro-

sada del rostro, en el que, incrustados como dos estrellas negras, están, encendidos de amor, los ojos bellos.

El pueblo de Lima canta con arpa. La cerveza de Lima es excelente. En la ciudad de Santa Rosa fabricóse un palacio la alegría. Lima gusta de los toros, como buena hija de España. Sus teatros son a menudo visitados por buenas *troupes*, y el público es inteligente y entusiasta por el arte. Flota aún sobre Lima algo del buen tiempo viejo, de la época colonial. Lima tiene paseos, plazas, estatuas. Sobre una gran columna, que conmemora el célebre 2 de Mayo, se alza líricamente una fama que emboca su sonoro clarín. En otro lugar he visto a Simón Bolívar en su caballo de bronce, con la espada victoriosa en su diestra de héroe. Lima es católica, pero está llena de masones. En Lima hay familias de noble y pura sangre española. En el pueblo de Lima se puede notar ahora la más extraña confusión de razas: chino y negro, blanco y chino, indio y blanco, y las variaciones consiguientes. El cholo es débil, pero canta claro y es añagacero. Lima es pintoresca, franca, hospitalaria, garbosa, complaciente y risueña. El que entra en Lima está en el reino del placer. En Lima no llueve nunca. La tradición —en el sentido que Palma la ha impuesto en el mundo literario— es flor de Lima. La tradición cultivada fuera de Lima y por otra pluma que no sea la de Palma, no se da bien, tiene poco perfume, se ve falta de color. Y es que así como Vicuña Mackenna fue el primer santiaguino de Santiago, Ricardo Palma es el primer limeño de Lima.

Me despedí de él con pena. ¡Quién sabe si volveré a verle! Y ya en el coche, que volaba camino del hotel, donde tenía que ver a Eloy Alfaro, con los ojos entrecerrados, y satisfecho de mi visita, sonreía al pensar en que el ogro no era como me lo pintaba mi amigo el chileno, y guardaba

con orgullo en mi memoria, para conservarlo eternamente, el recuerdo de aquel viejecito amable, de aquel buen amigo, de aquel glorioso príncipe del ingenio.

Rubén Darío

Guatemala, 1890.

RICARDO PALMA

EL NOMBRE de Ricardo Palma no es desconocido en nuestro país. Hace unos veinte años que en los periódicos de esta capital y en los de los estados se vienen reproduciendo sus bellas poesías y sus inimitables *Tradiciones peruanas*. Recuerdo bien que allá por el año de 1872, cuando por iniciativa mía se estableció la edición dominical del *Federalista* en forma de cuaderno, uno de los atractivos que ofreció aquel semanario era la inserción frecuente de las regocijadas producciones del distinguido escritor limeño. Con vivo interés aguardaba yo la llegada de los correos de Sud-América, empuñando las tijeras de que el Sr. Bablot quería que se hiciese el menor uso posible, y buscaba una nueva tradición para halagar, reimprimiéndola, a los lectores, bien numerosos por cierto, de aquel semanario. Y no pasaban muchos días sin que a su vez los mejores periódicos de los estados diesen cabida a aquellas amenísimas narraciones, sin decir, por supuesto, que del *Federalista* las copiaban.

Pasaron los años; el periódico del Sr. Bablot dejó de publicarse, y otros se encargaron de continuar aquella tarea, con gran contentamiento de los admiradores de Ricardo Palma, que lo son cuantos han saboreado alguna vez sus fáciles, entretenidos e intencionados escritos.

Esta predilección, no entibiada ni en épocas de combate para la prensa mejicana, tiene razón de ser. Las *Tradiciones peruanas*, sobre abundar en las galas del bien decir, encierran para nosotros un mérito que se impone: el de

ser un vivo reflejo de las costumbres mejicanas en tiempo de la dominación española; a tal punto, que un plagiarlo podía habérselas apropiado, cambiando únicamente los nombres de lugar y los de ciertos personajes. Pueblos de idéntico origen el peruano y el mejicano, es poco menos que imposible encontrar semejanza entre las costumbres de la capital de la Nueva España y las de la ciudad de los reyes. Frailes, monjas, virreyes, luchas entre las potestades civil y eclesiástica; procesiones y autos de fe; naos que llegan de tarde en tarde; duelos por la muerte de un soberano, y fiestas y jiras por la coronación de otro; fechorías de los piratas o filibusteros que infestaban las costas por el Atlántico y por el Pacífico, y ruidosos capítulos conventuales: he ahí los datos que las viejas crónicas del Perú y de Méjico ofrecen por *canevá* para bordar las flores de la leyenda que transporta al desocupado lector a los monótonos días del coloniaje; monótonos sí, pero poéticos, merced al misterioso encanto que ejerce en nuestro espíritu *cualquiera tiempo pasado*.

No tengo, pues, necesidad de ser difuso, hoy que inauguro una serie de estudios acerca de los escritores y poetas sudamericanos, con el relativo a Ricardo Palma. Le conocen bien los mejicanos por sus obras, y lo que me incumbe principalmente es dar ligeras noticias biográficas, que servirán, cierto estoy de ello, para que le estimen más los que hoy le aplauden sin conocer en toda su extensión los servicios que a las letras latino-americanas y a las ideas liberales ha prestado el popular narrador de las *Tradiciones peruanas*.

Nació Ricardo Palma en la ciudad de Lima el día 7 de febrero de 1833. Educóse en el Convictorio de San Carlos, del que salió en 1853, después de haber cursado con

aprovechamiento notable la Jurisprudencia; y el que debiera haber sido abogado, convirtiéndose, por extraño modo, en marino. Por eso Cortés en su diccionario biográfico americano le llama “poeta y marino peruano” con gran extrañeza de los que ignoran que en la Armada de su país prestó sus servicios como contador o comisario de diversos buques, hasta que en 1860, y a causa de una de esas revoluciones que tan frecuentes eran en el Perú como en Méjico hasta hace poco, fue desterrado a Chile. Allí permaneció unos tres años dedicado al periodismo con aplauso del pueblo chileno.

Cambiado el gobierno, regresó Palma a su patria a fines de 1863, y pocos meses más tarde emprendió viaje a Europa y Estados Unidos. Nombrado cónsul general del Perú en el imperio del Brasil, con residencia en el Pará, el rigor del clima le obligó a renunciar el puesto, y volvió a Lima, donde el combate del 2 de mayo de 1866 lo encontró sirviendo la jefatura de sección de uno de los ministerios. Año y medio más tarde fue secretario general del caudillo revolucionario coronel Balta, a quien acompañó en los trances más difíciles. Triunfante la revolución y convertido Balta en presidente constitucional de la República, el nuevo jefe del Estado confióle el despacho de su secretaria particular, puesto en el que permaneció cuatro años, siendo a la vez durante tres legislaturas senador por el departamento de Loreto.

Después de 1873, en que Palma cesó de ser miembro del Congreso, se alejó por completo de la política, consagrándose exclusivamente a las letras. Pero este alejamiento no fue tanto que le impidiera servir a su país en la prensa y en los reductos de Miraflores, en los luctuosos días de la guerra con Chile.

La victoria del ejército chileno fue verdaderamente desastrosa para Palma, pues su hogar, una bonita casa de campo en Miraflores, fue presa del incendio. Allí perdió el hombre de letras una rica biblioteca americana de más de cuatro mil volúmenes.

Hecha la paz con Chile, el gobierno del general Iglesias nombró a Palma para que reorganizase, o mejor dicho, para que crease la Biblioteca Nacional, que había sido saqueada por la soldadesca. Palma puso en juego sus relaciones personales y su reputación literaria en el extranjero para obtener donativos de libros, y antes de cuatro años logró catalogar treinta mil volúmenes en estantes que recibiera con espesa capa de polvo y sin un solo libro. Sin gasto para el tesoro peruano en la adquisición de obras, la Biblioteca de Lima llama ya la atención del viajero. El Sr. Palma como director de biblioteca sigue prestando a su nación y a las letras servicios de incommensurable valor.

Pero ya es tiempo de que echemos rápida ojeada sobre sus producciones literarias.

En 1863 dio a la estampa su primer libro: *Anales de la inquisición de Lima*, libro que, como dice uno de los biógrafos de Palma, saludó entonces la prensa sudamericana con merecidos elogios, y que hoy buscan los escritores liberales como una verdadera joya muy digna de conservarse entre los documentos históricos de su clase.

En 1865 publicó en París la colección de composiciones poéticas intitulada *Armonías*, en 1870 las *Pasionarias* y en 1877 los *Verbos y gerundios*, que reunidas acaba de dar a la estampa con otras que ha dividido en las secciones “Juvenilia”, “Cantarcillos”, “Traducciones” y “Nieblas”, formando un volumen de 500 páginas, que lleva por vía de

prólogo un notable estudio anecdótico sobre los poetas peruanos, bajo el título de *La bohemia limeña de 1848 a 1860, confidencias literarias*.

La aparición de cada una de esas obras de Ricardo Palma ha sido saludada por el aplauso de los cultivadores de las buenas letras en todos los pueblos en que se habla el hermoso idioma de Quintana y Valera.

D. Luis Benjamín Cisneros, inspirado poeta académico, hace observar en el prólogo que escribió para las *Pasionarias* de Palma en 1870 que casi no hay en toda la cadena de repúblicas que baña el Pacífico un solo nombre literario que no sea al mismo tiempo un nombre político, y en comprobación agrega, refiriéndose al bardo peruano, lo siguiente, que creo oportuno reproducir, porque da una idea exacta del carácter de Palma: “Comenzó, dice, por cantar las glorias de la patria en la epopeya de la Independencia, y el sentimiento patriótico le llevó a apasionarse de las teorías liberales. El amor a la libertad se encarnó en su organización psicológica. Palma pensó, amó, sintió, aspiró, escribió, cantó, suspiró, combatió y sucumbió o triunfó por el principio de libertad. Soldado más o menos prominente, más o menos obscuro en las filas de sus correligionarios, en todas circunstancias de su vida fue leal, impertérritamente leal a su bandera. Ni las persecuciones, ni las enemistades gratuitas, ni los destierros, ni la pobreza, ni los desengaños, ni los dolores íntimos, nada ha podido debilitar la fe de su alma, la valentía de su palabra, la energía de su pluma”.

Hablando después el mismo Sr. Cisneros de las poesías de Palma, que califica de hermosas y escritas bajo las impresiones siempre fogosas del amor a la patria y a la libertad, se expresa así: “Pero no es sólo la cuerda ronca,

sonora y vigorosa del entusiasmo la que vibra en el arpa del poeta, ni es ella, a nuestro juicio, la que templea cuando arranca de su corazón los mejores cantos. Apreciamos más en Palma la dulce y amena galantería, su sencilla y graciosa fecundidad para con las bellas, su florida y cortés amabilidad, su filosofía rápida, casta, suave, a veces lóbrega, siempre verdadera, siempre melancólica”.

El eminente escritor argentino D. Juan María Gutiérrez, juzgando los *Verbos y gerundios*, dijo lo siguiente: “Palma, bajo la capa de una chanza ligera, de un buen humor abundante y agudo, de una filosofía de manga ancha, esconde un odio instintivo a lo convencional, a lo trillado, a lo fingido, al plagio del sentimiento. Su poesía, más que desesperada como la de Byron, es cáustica y sin hipocresía como la del alemán Heine, a quien imita a menudo. Él ha caracterizado así la retórica y la estética de sus simpatías:

Forme usted líneas de medida iguales,
y luego en fila las coloca juntas
poniendo consonantes en las puntas.
—¿Y en el medio?— ¿En el medio? ¡Ese es el cuento!
Hay que poner talento.

“Todo el libro de Hermsilla sobre el arte de hablar en verso no es tan buen consejero como este epigramático concepto de Palma, al cual se ajusta invariablemente.

“Hay a veces en la poesía de Palma (¿cómo no, si es hombre?) ayes de sensibilidad, efusión de afectos; pero nunca lluvia de lágrimas, ni tronada de lamentos remedados, como en el teatro, con hilos de oropel y con tiestos huecos. Huye de esas falsas ilusiones que reproducen las mentidas profundidades de la idea, aparatos deslumbr-

dores que agigantan lo que es microscópico y enano; ilusiones parecidas a las que causa el espejo de un pequeño gabinete que, reproduciendo la miniatura, la prolonga haciéndonos creer que estamos en un palacio. Los versos de Palma de ninguna manera se parecen a esas pinturas en pequeñísima dimensión, que se esconden en el arco de un anillo mujeril y, miradas al través de un vidriecillo prismático, aparecen grandes como los frescos de la capilla Sixtina”.

Pero baste lo expuesto, con relación a las obras poéticas del fecundo escritor peruano, y veamos con cuánta justicia sus *Tradiciones* le han colocado entre los más egregios prosistas de nuestra época.

¿Qué son las *Tradiciones*? Son leyendas breves en las que no se pueden señalar claramente cuáles son los lindes que separan la historia de la novela. Simón Camacho, escritor distinguido, las define muy bien en las siguientes líneas: “Las *Tradiciones*, dice, son miniaturas cuya belleza no consiste en el tamaño, pues no aspiran ellas a proporciones colosales, sino en el parecido de la persona, que aun vista por la parte ancha del antejo, al llegar al foco es de todos conocida, por el trasunto que es y lo hábilmente pintada; en lo característico de la escena, que si no pasó debió pasar así y como lo dice el escritor; en los accesorios, que caen tan en sazón, que no traídos sino nacidos parecen sobre la pintura; en el color de los tiempos, que a nosotros nos es tan difícil encontrar, y que un poco de costumbre y una dosis colmada de talento se me figura que apiñaran facilidades para ofrecérselo a quien tiene la vena inagotable para dar y prestar; sabor tan puro, tan castizo, que falta no tiene, ni jamás sale sin afamado *bouquet* del vino que encierra mil encantos de

imaginación para los buenos bebedores, aun desde antes que el líquido les proporcione la sensación material con que en gustarlo se deleitan”.

Véase, además de lo dicho, el juicio crítico que anteriormente publicamos, suscrito por D. Miguel Cané, eminente prosista argentino, uno de los autores sudamericanos que con más elegancia escriben y con más refinado gusto juzgan las obras ajenas.

Pongo punto final a las citas de las autoridades literarias que han encarecido los merecimientos del incansable narrador peruano, porque de continuar, acabaría yo por formar un libro. ¡Tanto así se ha dicho en su elogio!

Tengo para mí que una de las cualidades más excelentes que brillan en las *Tradiciones* de Ricardo Palma, es la exuberante manifestación que en ellas hace de la riqueza y galanura de la habla castellana. La posesión absoluta que tiene él del idioma, sólo es comparable a la que demuestra Bretón en sus obras. Y es tan terso su estilo, tan grande su afluencia y tan fácil su expresión, que no creo que haya quien sienta cansancio o fatiga leyendo días enteros sus *Tradiciones*, que son, hasta el presente, en número muy próximo al tercer centenar.

Palma es miembro de las Reales Academias Española y de la Historia, en la clase de correspondiente, y a él se debe la instalación de la del Perú que, con gran solemnidad, se inauguró en Lima el 30 de agosto de 1887, pronunciando él el discurso de orden, pieza importante porque contiene noticias por todo extremo curiosas sobre la historia de las letras en el Perú.

Ricardo Palma tiene muchas simpatías por Méjico y por los escritores mejicanos. Con varios de éstos se halla en frecuente y cariñosa correspondencia epistolar, y en el

tomo de sus *Poesías*, publicado hace poco, figuran algunas dedicatorias a sus amigos mejicanos. En la Biblioteca Nacional de su patria ha logrado reunir gran número de obras publicadas en Méjico, y no omite esfuerzo por enriquecer esa colección. Sirva esta noticia para aumentar, si cabe, la alta estimación que aquí se le tiene.

Francisco Sosa

Méjico, 1889.

ÍNDICE

Presentación. <i>Tradiciones en salsa verde.</i>	
Humor, desenfado, procacidad, por Alberto Rodríguez Carucci.....	9
Nota a la presente edición	27

Tradiciones en salsa verde y otros textos

Tradiciones en salsa verde	
<i>A don Carlos Basadre</i>	33
La pinga del Libertador.....	35
El carajo de Sucre	38
Un desmemoriado.....	40
La consigna de Lara	42
¡Tajo o Tejo!.....	44
El clavel disciplinado	46
Un <i>Calembourg</i>	48
Otra improvisación del Ciego de la Merced	50
La cosa de la mujer	51
Fatuidad humana.....	53
De buena a bueno.....	55
Los inocentones.....	57
El lechero del convento	59
Pato con arroz	61
La moza del Gobierno	63
Matrícula de colegio	65
La cena del capitán	67
La misa a escape	69

Otras tradiciones

Una moza de rompe y raja	73
Justicia de Bolívar.....	82
Bolívar y el cronista Calancha	87
Las tres etcéteras del Libertador.....	95
La carta de “la Libertadora”	101

Comentarios

Juicios literarios, por Miguel Cané	109
Ricardo Palma. Fotograbado, por Rubén Darío.....	117
Ricardo Palma, por Francisco Sosa.....	124

Este volumen de la Fundación Biblioteca Ayacucho,
se terminó de imprimir en diciembre de 2007,
en los talleres de Fundación Imprenta Cultural, Guarenas, Venezuela.
En su diseño se utilizaron caracteres roman, negra y cursiva
de la familia tipográfica Century Old Style tamaños 8, 9, 10 y 11.
En su impresión se usó papel Hansmate 60 g.
La edición consta de 2.250 ejemplares.

revoluciónde laconciencia



Gobierno Bolivariano
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la Cultura



Biblioteca Ayacucho es una de las experiencias editoriales más importantes de la cultura latinoamericana nacidas en el siglo XX. Creada en 1974 como homenaje a la batalla que en 1824 significó la emancipación política de nuestra América, ha estado desde su nacimiento promoviendo la necesidad de establecer una relación dinámica y constante entre lo contemporáneo y el pasado americano, a fin de revalorarlo críticamente con la perspectiva de nuestros días.

Esta colección está destinada a ampliar la temática y los intereses de las obras publicadas por Biblioteca Ayacucho mediante la edición de libros de relieve memorialista, biográfico, autobiográfico y otros materiales de índole personal al igual que trabajos de naturaleza ensayística, tratando de encontrar en los diversos registros de la prosa una sostenida discusión y meditación estética a lo largo de la historia de la cultura escrita en nuestro continente. Nuestros autores clásicos y necesarios presentados como peripecia vital y suscitación de imágenes. La colección se identifica por coloridas portadas en las que destaca la iconografía de los autores. Sus prólogos ensayísticos la ofrecen a los públicos más amplios.

Ricardo Palma comenzó a publicar sus *Tradiciones* desde 1860. Sin embargo, hubo un pequeño libro que no llegó a la imprenta: las *Tradiciones en salsa verde*, al parecer manuscritas desde 1901 pero transcritas en 1904, cuando el autor decidió obsequiarle una copia a su amigo Carlos Basadre, a quien dirigió una sugerente dedicatoria, en la que explicaba que “estas hojitas no están destinadas para la publicidad” sino que se ofrecían como testimonio de confianza en la intimidad de los afectos. En razón de esto último, el autor solicitaba a su amigo la mayor discreción en la tenencia de los originales, pues consideraba el peligro de que aquellos pudieran caer en las manos de “gente mojigata, que se escandaliza no con las acciones malas sino con las palabras crudas”. Quedaron entonces las *Tradiciones en salsa verde* condenadas a la clandestinidad, situándolas bajo el estigma de lo prohibido. Nos encontramos ante unos textos condimentados con un aderezo picante, y con unos tonos subidos de color, maliciosos y chispeantes, quizás crudos, escabrosos y hasta obscenos, que no han logrado atraer suficientemente a los estudiosos de Palma.

República Bolivariana de Venezuela

Fundación



Biblioteca Ayacucho

Colección La Expresión Americana

ISBN: 978-980-276-461-7



9 789802 764617